alcanzado todo lo dicho y aun cosas mayores mediante el ejercicio de la oración. *(De Vita Christi.)*

7. Cuantas veces nos postramos delante de Dios para orar, alcanzamos bienes que valen más que todo el mundo universo... La Oración es el principio y origen de nuestra bienaventuranza y del llamamiento de nuestro espíritu a Dios, y por consiguiente, de todo bien... Sin el ejercicio de la oración bien hecha, toda acción es árida, imperfecta y próxima a arruinarse. Por ello, tiene el Señor por traidor a todo aquel que al verse sitiado por las tentaciones, no acude a El en demanda de socorro; pues deseando está y esperando que se le pida ayuda para volar en su auxilio *(Cit. por S. Ligorio.)*

Todo aquel religioso que no se ejercita con ahínco a la frecuente oración, verdaderamente no solamente es inútil y miserable, sino que, a los ojos de Dios, trae un alma muerta en un cuerpo vivo... La vida del religioso que no se dedica con fervor a la oración y devoción interior, es como panal seco y sin miel, como muralla sin cal, y como manjar sin sal... Por tanto, sin el ejercicio de la frecuente oración, toda religión es seca, imperfecta y próxima a despeñarse. *(Vid. Perf.)*

SANTO TOMAS DE AQUINO, Dr. (m. 1274)

Santo Tomás de Aquino, el "Doctor Angélico", dominico, es mundialmente considerado como la mayor lumbrera de toda la Iglesia Católica. Fue canonizado por Juan XXII, y por San Pío V proclamado Doctor de la Iglesia con el nombre de "Doctor Angélico". Y por último, León XIII le nombró patrono de las escuelas católicas. Su obra teológica es inmensa, pasmosa si se cuenta que fue realizada en sólo 22 años, pues murió cuando solamente contaba 49.

1. Después del Bautismo, le es imprescindible al cristiano la continua oración: pues si es verdad que por el Bautismo se

borran todos los pecados, no lo es menos que en las mismas entrañas del alma nos queda el fómite del pecado, y por defuera el mundo y el demonio nos persiguen a todas horas... Por tanto: del mismo modo que las plantas necesitan del agua para no secarse, necesitamos nosotros de la oración para no perdernos... Un religioso sin oración, es como un soldado sin armas en el campo de batalla.

Nosotros para poder salvarnos, tenemos que luchar y vencer, según aquello de San Pablo: "*El que combate en la palestra o en los juegos públicos, no es coronado si no lidiare según las leyes*" (2 Tm. 2, 5). Pero para luchar y vencer, necesitamos la gracia de Dios, y sin ella no podremos resistir a tantos y tan poderosos enemigos... Pero como resulta que Dios solamente da la gracia a los que se la piden; por tanto, sin oración no puede haber victoria ni puede haber salvación.

2. Hay que tener en cuenta que todas las gracias que el Señor desde toda la eternidad tiene determinado concedernos, nos las ha de dar únicamente por medio de la oración (Cit. por S. Ligorio).

3. En la oración a Dios, la asiduidad y la insistencia en la petición no es importuna, sino más bien del agrado de Dios; porque *hay que orar siempre*, dice el Evangelio, *y no desfallecer* (Lc. 18, 1); y en otra parte el Señor nos invita a pedir: *Pedid y recibiréis*, dice, *llamad y se os abrirá* (Comp. de Teología, II, 1).

4. Se lee en el Salmo: *He gritado* —es decir, he rezado con fe— *y por esto me escuchaste, Dios mío,* como si, introducidos en la intimidad divina por el primer ruego, pudiéramos implorar con mucha más confianza la siguiente vez. Por eso, en la petición dirigida a Dios, la asiduidad y la insistencia, nunca son importunas. (Comp. de Teología.)

5. Cuando oramos no tratamos de dar a conocer al Señor nuestras necesidades, porque El ya las conoce; tampoco tratamos de hacer que quiera socorrernos, porque El ya quiere... No obstante, la oración es necesaria al hombre, porque ejerce su influencia sobre el mismo que la hace, porque ella hace que piense en sus necesidades y desee con fervor y espíritu filial lo que espera obtener con la oración. (Comp. de Teolog.)

6. Todo hombre está obligado a orar, por el simple hecho de que está obligado a procurarse los bienes espirituales que solamente le pueden venir de Dios, y que Dios no se los dará si él no se los pide. (Coment. Lib, IV Sentencias.)

7. Un religioso sin oración es como el soldado sin armas en el campo de batalla (Cit. La Puente).

8. Nosotros para poder salvarnos tenemos que luchar y vencer... Sin la ayuda de Dios no podemos resistir a tantos y tan poderosos enemigos; pero como sea que Dios solamente se ha comprometido a ayudar a quien se lo pide: por tanto, sin oración no hay victoria, sin oración no hay salvación (Cit. S. Ligorio).

9. "Por la oración tributa el hombre reverencia a Dios, por cuanto se somete a El y orando confiesa que de El necesita como autor de sus bienes". "Si no somos escuchados, ello se debe a que no pedimos con perseverancia o no pedimos lo que más redunda en nuestra salvación."

La oración en la "Suma Teológica", II-II, 83

1.—Si la oración es necesaria (II-II, 83, 2).

Respuesta: Es evidente: lo dice expresamente el Evangelio: "Es necesario orar siempre y no desfallecer" (Lc. 18, 1).

Argumentación: Los antiguos erraron de tres maneras en lo relativo a la oración:

1) Algunos excluyeron la providencia en los asuntos humanos, por lo que venían a afirmar la inutilidad de la oración y de todo culto a Dios.

2) Otros afirmaban que todos los sucesos, aun los humanos, seguían un curso necesario, que explicaban por la inmutabilidad de la providencia, la influencia de los astros o el encadenamiento de las causas. La consecuencia era la misma: negaban la utilidad de la oración.

3) Otros, finalmente, afirmaban que los sucesos humanos están regidos por una providencia divina variable, que nosotros podemos hacerla cambiar con oraciones u otras prácticas de culto.

En contra de todos estos errores, hemos de mostrar la utilidad de la oración de tal modo que nos guardemos de imponer necesidad a las cosas humanas sometidas a la providencia divina y de concebir como mudables las mismas disposiciones divinas.

Para comprender esto hay que tener en cuenta que la providencia divina no se limita a disponer la producción de tal o cual efecto, sino que fija también por qué causas y en qué orden se ha de originar. Ahora bien: entre las muchas causas existentes, una de ellas son los actos humanos. Por lo mismo, cuando los hombres son causa de algo, esto no quiere decir que sus actos inmuten la disposición divina, sino que, al hacer tal cosa, ejecutan un efecto que está de antemano dispuesto por Dios. Esto sucede aun en las causas naturales, y no de otro modo en la oración. Por consiguiente, nuestra oración no tiende a cambiar la disposición divina, sino a obtener aquello que Dios tenía dispuesto conceder por las oraciones de las almas santas, es decir, que "con nuestra petición merecemos recibir lo que Dios desde toda la eternidad tenía pensado darnos", como dice San Gregorio.

A la liberalidad divina debemos muchas cosas que ciertamente nunca pedimos. Si en los demás casos Dios exige nuestras oraciones es para utilidad nuestra, pues así tenemos la seguridad de que nuestras súplicas llegan a Dios y de que El es el autor de nuestros bienes. Por ello dice San Juan Crisóstomo: "Considera qué felicidad se te ha concedido y qué gloria llevas contigo: puedes hablar con Dios por la oración, alternar en coloquios con Cristo, solicitar lo que quieres y pedir lo que desees".

2.—Si la oración es acto de la virtud de la religión (II-II, 83, 3).

Respuesta: Evidentemente. El salmo 140 dice: "Suba mi oración como incienso ante ti". Y esto pertenece a la religión.

Argumentación: El objeto propio de la virtud de la religión es rendir a Dios honor y reverencia. Por consiguiente, todo aquello con lo que rendimos reverencia a Dios entra dentro de la religión. Este es el caso de la oración, pues por ella el hombre se somete a Dios y confiesa la necesidad que tiene de El, como autor de todos sus bienes. Es, pues, patente que la oración es acto propio de la virtud de la religión.

3.—Si sólo debemos orar a Dios o también a los santos (II-II, 83, 4).

Respuesta: No sólo a Dios, sino también a los santos. Leemos en el libro de Job: "¡Llama, pues! ¿A cuál de los santos te vas a dirigir?" (Job 5, 1).

Argumentación: De doble manera se puede hacer a alguien una petición: o para que nos la conceda él mismo o para que nos la consiga otro. Del primer modo, sólo a Dios podemos dirigir nuestra oración, ya que ésta siempre debe ordenarse a conseguir la gracia y la gloria, que sólo Dios puede dar. Del segundo modo, la oración se dirige a los ángeles y a los santos; y no para que Dios conozca nuestros deseos por intermedio de los santos, sino para que nuestras peticiones, ayudadas con sus preces y méritos, obtengan el efecto deseado. Por eso leemos en el Apocalipsis: "Por mano del ángel subió delante de Dios el humo de los perfumes, que representan las oraciones de los santos" (Ap. 8, 4). Y esto mismo se ve claramente en el modo como ora la Iglesia, pues en las oraciones dirigidas a la Santísima Trinidad se pide que "tenga misericordia de nosotros", mientras que a los santos les ruega que "intercedan por nosotros".

Los bienaventurados en el cielo ven en el Verbo todo lo que les conviene conocer de nuestras cosas, incluso los movimientos del corazón. Por eso conocen las peticiones que les hacemos verbal o mentalmente, viéndolas perfectamente en Dios a quien contemplan. No así las almas del purgatorio, que no gozan todavía de la visión del Verbo y, por tanto, ignoran lo que nosotros pensamos o decimos; y por eso no imploramos sus sufragios en nuestras oraciones. (Ad 2 et 3.)

4.—Si podemos pedir absolutamente cosas determinadas (II-II, 83, 5).

Respuesta: Sólo cuando se trate de cosas inequívocamente buenas.

Argumentación: Hay que responder con distinción. Si se trata de cosas que, aunque buenas en sí, podemos usar mal de éllas —como las riquezas, los honores, el poder, etc.—, no debemos pedirlas de una manera absoluta y determinada, sino sólo condicionalmente: si es voluntad de Dios, si nos conviene para salvarnos, etc. Pero si se trata de cosas ciertas e inequívocamente buenas y de las que no podemos usar mal —como las virtudes cris-

tianas, la gracia y la gloria, etc.— podemos pedirlas absolutamente, como hacemos al rezar el Padrenuestro.

Cuando en nuestra oración pedimos algo que pertenece a nuestra eterna salvación, conformamos nuestra voluntad a la de Dios, de quien dice el Apóstol que "quiere que todos los hombres se salven" (1 Tm. 2, 4).

5.—Si podemos pedir a Dios bienes temporales (II-II, 83, 6).

Respuesta: Sí, pero moderadamente, como se lee en los proverbios: "No me des pobreza ni riqueza, sino sólo lo necesario para la vida" (Prov. 30, 8).

Argumentación: Como dice San Agustín, "en la oración podemos pedir todo lo que se nos permite desear". Ahora bien: las cosas temporales podemos desearlas, no como fin principal, sino únicamente como sostén de la vida corporal y como instrumentos para la práctica de la virtud. Y en este sentido es lícito y conveniente pedirlas a Dios en la oración.

Cuando buscamos los bienes temporales como fin, quedamos esclavizados a ellos. Pero si se les busca en orden a la bienaventuranza, lejos de someternos a ellos, los elevamos (ad 3).

Desde el momento en que pedimos los bienes temporales, no como término, sino en orden a Dios, ya pedimos que se nos concedan en cuanto nos sean útiles a nuestra salvación (ad 4).

6.—Si debemos orar por el prójimo (II-II, 83, 7).

Respuesta: Lo dice el Apóstol Santiago: "Orad los unos por los otros para que os salvéis" (Sant. 5, 16).

Argumentación: Ya quedó dicho que debemos pedir todo lo que debemos desear. Pero el bien debemos desearlo para nosotros y para los demás. Esto entra dentro del amor que debemos prestar a nuestro prójimo. Es, por lo tanto, de caridad orar por nuestros semejantes. A este propósito dice San Juan Crisóstomo: "La necesidad nos lleva a pedir por nosotros; la caridad fraternal pide que roguemos por el prójimo. Pero a Dios le es más grata la oración hecha por caridad fraterna que la dictada por necesidad".

San Cipriano dice muy bien que si en el Padrenuestro "no decimos Padre *mío*, sino Padre *nuestro*, ni *dame* sino *danos*, es porque el divino Maestro no quiso que las peticiones fuesen indi-

viduales pidiendo cada cual sólo para sí, sino que Aquél que nos condujo a todos a la unidad quiso que cada cual orase por todos" (ad. 1).

7. —*Si debemos orar por los enemigos* (II-II, 83, 8).

Respuesta: Lo dice expresamente el Señor en el sermón de la montaña: "Orad por los que os persiguen y calumnian" (Mt. 5, 44).

Argumentación: El orar por los demás es precepto de caridad, como queda dicho. Y así como obliga el amar a los enemigos, obliga el orar por ellos.

Pero en el amor a los enemigos hay que amar en ellos su naturaleza humana, no sus faltas. Amar a los enemigos con un amor *general* es de precepto, pero no lo es amarles de una manera *especial*, a no ser en la disposición del ánimo. El hombre, en efecto, debe estar dispuesto a ayudar al enemigo y a mostrarle su amor en caso de necesidad o si le pide perdón. Pero, en absoluto, mostrar un amor especial al enemigo y ayudarle es sólo de perfección.

De modo paralelo, estamos obligados a no excluir en nuestras oraciones comunes a nuestros enemigos; pero el orar especialmente por ellos entra dentro de la perfección, no de la obligación, excepto en casos especiales.

Sin embargo, es lícito combatir a los enemigos para que dejen de pecar, lo cual redunda en bien de ellos y de los demás. Del mismo modo es lícito pedir males temporales para los enemigos a fin de que se enmienden. Así no hay contradicción entre nuestras oraciones y nuestras obras (ad. 3).

8. —*Si el Padrenuestro es la mejor oración* (II-II, 83, 9).

Respuesta: Indudablemente, porque es la oración que Cristo nos enseñó.

Argumentación: La oración dominical es perfectísima, pues, como dice San Agustín, "si oramos correcta y justamente, no se nos ocurrirá nada distinto de lo que ya dice la oración dominical". Puesto que la oración es un intérprete de nuestro deseo ante Dios, sólo pediremos rectamente lo que rectamente podemos desear. Y en la oración dominical no sólo se piden todas las cosas que rectamente se pueden desear, sino incluso en el orden

en que se deben desear. De este modo, es no sólo una regla de nuestras peticiones, sino también una norma de todos nuestros afectos.

El Padrenuestro es, en realidad, la fórmula más perfecta, por contener, con el mejor preámbulo —"Padrenuestro que estás en los cielos"— a todas las peticiones que cabe hacer a Dios y en el orden en que es justo las hagamos. Le pedimos, en primer lugar, su gloria —"santificado sea tu nombre"—, que es nuestro último fin. A continuación le pedimos participar de su gloria en este mundo y en el otro —"venga a nosotros tu reino"—. Inmediatamente le pedimos los medios de su voluntad —"hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"— y el sostenimiento de nuestra vida temporal, necesario para dicho cumplimiento —"el pan nuestro de cada día dánosle hoy"—. Finalmente, le pedimos aleje de nosotros los obstáculos que podían impedirnos alcanzar nuestro último fin; primero, el *pecado;* segundo, la *tentación,* y tercero todos los demás *males.* Imposible, por consiguiente, pedir a Dios absolutamente nada que no esté contenido en el Padrenuestro.

9.—Si los santos del cielo oran por nosotros (II-II, 83, 11).

Respuesta: Leemos en la Escritura: "Este es el que ora mucho por su pueblo y por toda la ciudad santa, Jeremías, el profeta de Dios" (2 Mac. 15, 14).

Argumentación: Siendo la caridad la fuente de oración por los demás, como queda dicho, cuanto más perfecta la posean los santos del cielo, tanto más oran por los que estamos todavía en camino y que podemos ser ayudados. Y cuando más unidos están a Dios, más eficacia tienen sus oraciones. Pues entra en el orden divino que la excelencia de los superiores redunde en los inferiores, al igual que la claridad del sol resplandece para todos en el aire.

Los santos en el cielo son bienaventurados y sólo les falta la glorificación del cuerpo, por la que oran. Pero también oran por nosotros que estamos privados de la misma bienaventuranza. Y sus oraciones tienen eficacia impetratoria en virtud de sus méritos anteriores y de la divina aceptación. Los santos obtienen todo lo que Dios quiere que se haga mediante sus oraciones. Y

ellos piden lo que juzgan que alcanzarán sus oraciones conforme a la voluntad divina.

Las almas del purgatorio —en cambio—, aunque superiores a nosotros por su impecabilidad, son inferiores a nosotros en cuanto a las penas que sufren. En razón de esto no están en estado de orar por nosotros, sino de que nosotros oremos por ellas.

10.—Si la oración debe ser vocal (II-II, 83, 12).

Respuesta: Lo dice el salmo: "Escucha, Dios mío, mi voz cuando a ti clamo" (Sal. 141, 1).

Argumentación: Hay dos clases de oración: común e individual. Común es la que se ofrece por los ministros de la Iglesia en persona de todo el pueblo fiel. Esta oración, por lo mismo, debe ser conocida por todo el pueblo en nombre del cual se ora, y por ello ha de ser vocal. La oración individual es la que ofrece la persona particular por sí o por los demás. Y esta oración no es necesario que sea vocal.

Sin embargo, aun la oración individual puede ser vocal por tres razones: la primera, para excitar interiormente la devoción que hace que nuestra mente se eleve a Dios; la segunda, para servir a Dios con todo lo que El nos dio, es decir, con la mente y con el cuerpo; y la tercera por un cierto desbordamiento del alma sobre el cuerpo causado por la vehemencia del amor. Por eso dice el salmista: "se alegró mi corazón y se llenó de exultación mi lengua" (Sal. 15, 9).

11.—Si la oración ha de ser atenta (II-II, 83-13).

Respuesta: Sí, pero hay varias clases de atención.

Argumentación: Esta cuestión se refiere principalmente a la oración vocal. Y hay que notar que pueden darse dos clases de atención: virtual y actual. La virtual es la que se puso al principio de la oración y continúa influyendo en ella, aunque sobrevengan distracciones involuntarias debidas a la flaqueza humana. Y esta intención virtual es suficiente para que la oración sea meritoria e impetratoria. La atención actual es la que recae directamente sobre lo que estamos haciendo, y esta atención actual es absolutamente indispensable para que la oración produzca cierta devoción o refección espiritual del alma.

Hay que notar, también, que se puede dar una triple atención en la oración vocal. Una es la que se fija en pronunciar bien las palabras para que no se deslicen errores. La segunda es la atención al sentido de las palabras. Y la tercera es la atención al fin de la oración, que no es otro que Dios y aquello que pedimos. Esta es la más necesaria, y pueden tenerla todos, hasta los más rudos.

12.—Si la oración ha de ser continua (II-II, 83, 14).

Respuesta: El Señor dice en el Evangelio: "Hay que orar siempre y no desfallecer" (Lc 18, 1). Y San Pablo añade: "Orad sin interrupción" (1 Tes 5, 17). Pero hay que distinguir.

Argumentación: Hay que distinguir entre la oración misma y sus causas. La causa principal que nos mueve a orar es la caridad o amor de Dios, cuyo deseo ha de ser permanente de una manera actual o, al menos, virtual; ya que la virtud de este deseo permanece en todas las obras hechas por caridad, pues, como dice San Pablo, "hay que hacerlo todo para gloria de Dios" (1 Cor 10, 31). Y en este sentido, la oración debe ser continua. Por eso escribe San Agustín: "En la fe, esperanza y caridad, el deseo incesante nos hace orar continuamente".

Mas la oración, considerada en sí misma, no puede ser continua, pues otras obligaciones nos reclaman. Pero la medida de las cosas se determina por su fin, como la medicina por la salud. La oración, de igual modo, debe durar lo que conviene para excitar el fervor del deseo interior. Si ha rebasado la medida suficiente, de tal modo que su continuación produciría tedio, no se debe prolongar. E igual que hay que tener en cuenta esta advertencia en la oración particular respecto al espíritu del que ora, también hay que tenerla en la oración común respecto a la devoción del pueblo.

13.—Si la oración es meritoria (II-II, 83-15).

Respuesta: El Señor promete recompensa a la oración bien hecha (Mt, 6, 6). Pero la recompensa sólo se concede al mérito. Luego la oración es meritoria.

Argumentación: Ya hemos dicho que la oración tiene, en lo que respecta al futuro, una doble virtualidad: la del mérito y la de impetración. El mérito de la oración, al igual que el de cual-

quier otro acto virtuoso, procede radicalmente de la caridad mediante la virtud de la religión (de la que la oración es uno de sus dos actos internos) con el concurso de otras virtudes, como la humildad y la fe, que son necesarias para la bondad de la oración. También es necesaria la devoción, que es el otro acto interno de la religión.

La eficacia de impetración la tiene la oración por la gracia de Dios a quien oramos y por quien somos inducidos a orar. Por ello dice San Agustín: "No nos mandaría orar si no estuviera dispuesto a darnos lo que pidamos". Y San Juan Crisóstomo: "No niega sus beneficios al que ora quien precisamente nos empuja con su misericordia para que no cesemos de orar".

La oración sin la gracia santificante no es meritoria, al igual que los demás actos virtuosos. Pero también la oración que obtiene la gracia santificante, procede de una cierta gracia anterior enteramente gratuita. Pues ya el mismo orar es "un don de Dios", como dice San Agustín.

14.—Si la oración es siempre eficaz (II-II, 83, 15).

Respuesta: Lo ha prometido Cristo en el Evangelio: "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá" (Mt. 7, 7). Pero con ciertas condiciones.

Argumentación: Para que la oración resulte infaliblemente eficaz es preciso que reúna las siguientes condiciones:

1.ª Que la pidamos para nosotros mismos. La oración en favor del prójimo puede fallar si éste la rechaza obstinadamente; cosa que no ocurre cuando pedimos para nosotros mismos.

2.ª Cosas necesarias o convenientes para la salvación. Cuando pedimos, consciente o inconscientemente, cosas inconvenientes para nuestra salvación, Dios nos las niega misericordiosamente.

3.ª Piadosamente. O sea: con humildad, confianza en Dios, en nombre de Cristo, etc.

4.ª Con perseverancia. Dios quiere probar nuestra fe y nuestra perseverancia antes de concedernos las gracias que está dispuesto a concedernos desde el primer momento. Es por nuestro bien.

Estas son las condiciones para la eficacia *infalible* de la oración. De hecho, en la práctica obtenemos muchas cosas de Dios sin necesidad de reunir todas estas condiciones, por un efecto sobreabundante de la divina misericordia. Pero, reuniendo esas condiciones, obtendríamos *infaliblemente* —por la promesa divina— incluso aquellas gracias que nadie absolutamente puede merecer, tales como las gracias eficaces para no caer en el pecado grave, o el gran don de la perseverancia final, o sea, la muerte en gracia de Dios.

San Basilio afirma: "Si pediste y no has recibido, es porque lo que pediste era malo, lo hiciste sin fe, o con ligereza, o no te convenía, o no perseveraste".

Si la oración se apoya en la fe, no es en lo que tiene de eficacia *meritoria*, pues ésta se basa en la caridad, sino en la que tiene la eficacia *impetratoria*. Por la fe, en efecto, conocemos la omnipotencia y misericordia divinas, que nos permite obtener lo que pedimos (ad 3).

15.—Si la oración del pecador consigue algo de Dios (II-II, 83, 16).

Respuesta: Dice San Agustín: "Si Dios no escuchase a los pecadores, sería inútil la oración del publicano, que se reconoce pecador" (Lc 18, 13). Y San Juan Crisóstomo afirma: "Todo el que pide recibe, es decir, el justo y el pecador".

Argumentación: En el pecador hay que distinguir dos cosas: la *naturaleza*, a la que Dios ama, y la *culpa*, a la que odia. Si el pecador pide en la oración algo que respecta a sus deseos pecaminosos, Dios, misericordiosamente, no le escucha. Aunque a veces le escucha y permite, como castigo, que se hunda más en el pecado. Por eso dice San Agustín: "Dios niega por su clemencia algunas cosas que concede por su cólera".

Pero cuando el pecador ora movido por un deseo bueno de la naturaleza, Dios le escucha, no por justicia —pues no se lo merece el pecador—, sino por su infinita misericordia; con tal de que se salven esas cuatro condiciones enumeradas anteriormente, o sea, que ore por sí mismo, que pida lo necesario o conveniente para la salvación y que lo haga con piedad y con perseverancia.

El pecador no puede orar con piedad en el sentido de que su oración sea informada por un hábito virtuoso. Puede, sin em-

bargo, ser piadosa su oración si pide algo perteneciente a la piedad, del mismo modo que el que no tiene la virtud de la justicia puede desear alguna cosa justa. Así, aunque la oración del pecador no es meritoria, es, no obstante, impetratoria, pues el mérito se funda en la justicia, mientras que la impetración en la gracia gratuita de Dios (ad. 2).

16.—Si la oración tiene cuatro partes: oración, petición, obsecración y acción de gracias. (II-II, 83, 17).

Respuesta: Lo dice expresamente San Pablo: "Ante todo te ruego que se hagan oraciones, peticiones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres" (1 Tim. 2, 1).

Argumentación: En toda oración, lo primero consiste en levantar el corazón a Dios, y esa es la definición de la misma *oración*. Lo segundo, es pedirle sus mercedes: *petición*. Lo tercero, exponerle los títulos en que apoyamos nuestra súplica, o sea, la bondad divina, su misericordia, etc., y a esto se le llama *obsecración*. Y, finalmente, manifestarle nuestra gratitud por el favor alcanzado: *acción de gracias.*

En muchas oraciones de la Iglesia se encuentran estos cuatro elementos. Por ejemplo, en la oración a la Santísima Trinidad, las palabras "Omnipotente y sempiterno Dios" indican la elevación del alma a Dios (oración). Las palabras "que has concedido a tus siervos", indican la *acción de gracias*. Al añadir: "concédenos, te rogamos", expresamos la *petición*. Y, finalmente, al decir "por nuestro Señor Jesucristo", indicamos el título en que nos apoyamos: *obsecración*.

SANTA MATILDE DE HACKEBORN (m. 1299)

Ingresó muy joven en el monasterio de Helfa donde fue nombrada maestra de novicias. Bajo su dirección se formaron una serie de religiosas tan santas como doctas, entre las que se encuentran Santa Gertrudis la Grande. Santa Matilde recibió muchas gracias místicas y fue una de las confidentes del Cora-

zón de Jesús, cuya devoción contribuyó a propagar. Ella no escribió sus mercedes, pero las escribió su amiga y confidente Santa Gertrudis y se hallan recogidas en el Libro de la gracia especial.

Cuando uno está solo, debe levantar siempre a Dios su corazón con ternura, le hable y le desee poseer, suspire muy de veras tras El. En este continuo trato con Dios Nuestro Señor encenderá su corazón en el amor divino.

Cuando se halle con otros, háblele espontáneamente de Dios y bregue por estar unido a Dios. De este modo encenderá a los demás y a sí mismo en el amor de Dios. (Lib. de la Gracia Esp. p. 3, c. 10).

En una ocasión, Cristo le declara: "Y ¿por qué el hombre no ha de querer recibir lo que estoy dispuesto a darle? Con gusto le doy la santísima e inocente vida mía en la tierra, para que se la apropie y supla con ella lo que le falta".

Replica Mectildis: "Si tanto te agrada, dulcísimo Dios mío, te usurpe el hombre lo que es tuyo, dime, por favor, cómo ha de hacerlo"; y le contesta: "Ofrezca a Dios Padre todos sus deseos, intenciones y plegarias en unión de mis deseos y oraciones. Dios recibirá la ofrenda, y tan grata le será que, junta con la mía, cual el humo de variados aromas encendidos sube junto derechamente al cielo. Así será toda oración ofrecida en unión con la mía, subirá a Dios como regalado perfume que agradará a mi Padre y aceptará grandemente. Toda otra plegaria, aunque penetre los cielos, ya no es tan grata a los divinos ojos si carece de esta unión" (Ibíd., c. 14).

Con cuatro clases de oraciones se hermosea vistosísimamente la ciudad, cual con oro y pedrería: La primera es la plegaria de los justos que contritos y humillados piden perdón de sus culpas. La segunda es la súplica de los atribulados que en Dios buscan refugio y firme sostén. La tercera es la oración de los que en alas de la caridad fraterna vuelan en pos de la necesidad y miseria del prójimo intercediendo para remediarlo; es por extremo acepta a Dios esta operación, y mucho se engalana con

ella la celestial Jerusalén. La cuarta oración procede del amor a Dios que espolea a interceder por la Iglesia Universal y por cada uno en particular. Esta plegaria semeja la salida de un sol nuevo que alumbra el ámbito entero de la inmortal Jerusalén (Ibíd., c. 47).

Aplíquense en especial a los siguientes ejercicios: oración frecuente y devota, lectura o audición solícita de las divinas Escrituras, aplicación al trabajo, guarda diligente de la obediencia a la Regla y Estatutos; sean siempre y por doquier humildes... Y cuando oren con tan felices disposiciones, les mostraré yo mi divina voluntad y lo que les conviene saber, y en sus lecturas les haré gustar mi dulcedumbre; las santificaré en sus ocupaciones... (Ibíd., p. 4, c. 16).

La promesa de las tres Avemarías

Rogaba a la gloriosa Virgen María se dignase asistirla en el trance de la muerte, y Ella le contestó: "En verdad lo haré, pero rézame por tu parte cada día tres *Avemarías*.

En la primera conmemorarás cómo Dios Padre, por su poder soberano engrandeció mi alma sublimándola como en un trono de honor excelso, tanto, que nadie me iguala en poder en los cielos y la tierra, tras la divina Majestad, y por ello, pídele que yo te asista en el trance de tu muerte, para alentarte y alejar de ti todo poder adverso.

En la segunda, recordando que el Hijo de Dios por su inescudriñable sabiduría inmensa me agració con plenitud de ciencia e inteligencia, llenando mi alma hasta gozar de la Santísima Trinidad con conocimiento superior al de todos los santos, y pídele que en la hora de tu muerte venga yo a iluminarte fortaleciendo tu fe.

En la tercera conmemorarás el regalado amor que me concedió el Espíritu Santo, haciéndome después de Dios la más amable de todas las criaturas, y le pedirás que yo te asista en la hora de tu muerte y derrame sobre tu alma los suaves efluvios del amor divino que superen los dolores y amarguras de ese trance" (Ibíd. lib. 1, c. 48).

SAN ALBERTO MAGNO (m. 1280)

Estudió en la Universidad de Padua donde oyó predicar al Beato Jordán de Sajonia, quien le convirtió y le atrajo a la Orden de Predicadores el año 1223. Después de enseñar en varios conventos fue enviado a la Universidad de París, después pasó a Colonia donde enseñó y escribió varias obras. Allí tuvo por discípulo al mismo Santo Toms de Aquino. Pío XI lo canonizó y lo declaró Doctor de la Iglesia.

1. La oración es la más noble y hermosa de todas las obras, según los Hechos 6, 4: "nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra" (*Comentario al salmo 24*).

2. Cristo es un doble altar: en él y sobre él se ofrecen las buenas obras de la vida activa, como el sacrificio de los animales, y los deseos y meditaciones de la vida contemplativa, como el aroma del incienso: "Mi plegaria se eleva como el incienso hacia tu rostro". (*Comentario al Salmo 27*).

3. La vida contemplativa aventaja a la activa por la unidad, la pureza, la eternidad, la firmeza y la delectación. Unidad, ya que se ocupa sólo de una cosa; pureza, ya que no está manchada por el polvo de las cosas terrenas; eternidad, porque estando ahora como en la patria, durará para siempre; firmeza, ya que está en la luz verdadera y es inaccesible a los influjos del error; delectación, porque el consuelo del espíritu regocija constantemente al alma. (...) La vida contemplativa se consagra a todas las cosas inteligibles que pueden ser meditadas y consideradas para llegar a la verdad, y de todas las cosas del sentimiento, para alcanzar el amor y la bondad. (*Comentario del Ev. de Lucas*.)

4. Oremos a los santos ángeles, por el cuidado y solicitud que tienen por nosotros..., por lo cual merecen y ofrecen nuestras oraciones a Dios con el deseo de cumplir, y piden siempre por nosotros...

Oremos a los santos..., para que nos ayuden con sus oraciones presentes y sus méritos pasados, cuyo efecto en cuanto a nosotros está suspendido hacia el futuro.

Oremos también a muchos santos por devoción, y porque es imposible que las preces de muchos no sean escuchadas, máxime siendo todos uno por la concordia y la unión de la caridad, de donde también la Jerusalén celestial es llamada madre nuestra, porque nos engendra para Dios con oraciones y amor (Lib. 3.º de las Sent.).

SANTA GERTRUDIS LA MAGNA (m. 1302)

Santa Gertrudis, la "Santa de la Humanidad de Cristo" y la "Teología del Sagrado Corazón", es una virgen cisterciense de Heltfa en Sajonia. Ingresa en el claustro en 1261 a la edad de cinco años y llega a ser una extraordinaria religiosa de excepcionales gracias carismáticas, precursora de Santa Margarita M.ª de Alacoque en las revelaciones del Sagrado Corazón.

Nadie se ha de dar tanto a la vida activa que no deba poner cuidado en la contemplativa (Rev. lib. 2, c. 10).

Dios da más de lo que pedimos

Pregunta Santa Gertrudis al Señor: "¿Cómo benignísimo Amador, puedes dilatar tanto el cumplimiento de los deseos de tantos hombres, siendo así que yo, aunque indigna, tengo tanta confianza en tu piedad que yo sola podría doblegar tu misericordia a cosas mayores?

"No sería de maravillar —respondió el Señor— que el padre permita a su hijo le pida una peseta, si cuantas veces le pide está dispuesto a otorgarle cien duros. Por tanto, no te maravilles tarde tanto en atenderos, porque cuantas veces por ello me

rogáis, aunque sea con insignificantes palabras, otras tantas os concedo muchísimo más de los cien duros de bienes terrenos" (Ibíd. lib. 3, c. 31).

Y si alguna vez te parece que yo no escucho tus ruegos como tú deseas, te engañas, porque yo dispongo sin duda alguna otorgarte, en vez de lo que pides, otras cosas más provechosas, dado que tú, impedida por la miseria humana, no puedes comprender lo que más te importa (Ibíd., c. 33).

La dijo el Señor: "¿No es de fe católica que al que una vez comulga, yo mismo me doy para su salud con los demás bienes que se contienen en mi divinidad y humanidad? Y, sin embargo, cuanto más a menudo el hombre comulgare, tanto más se multiplicarán el colmo de sus bienaventuranzas" (Ibíd., c. 53).

El hombre en todo debe imitar el ejemplo de Cristo, y principalmente en estas tres cosas:

La primera es que, así como a menudo velaba Cristo en la oración toda la noche, así debemos acogernos en todas las tribulaciones y adversidades, al puerto de la oración.

En segundo lugar, así como el Señor andaba predicando por las ciudades, así debemos también nosotros edificar al prójimo tanto con palabras como con el buen ejemplo.

Y, finalmente, así como Jesucristo nuestro Señor hizo diversos beneficios a los que tenían necesidad, así también nosotros debemos ser muy solícitos en ayudar con buenas obras a los necesitados cuando pudiéremos. (Ibíd., c. 74).

Si alguien tomase por costumbre orar públicamente con las manos extendidas sin temer las críticas de nadie, me haría tal honra, cual suele hacer al rey el que solemnemente le entroniza (Ibíd., lib. 4, c. 16).

También le dijo el Señor: "Más aprovecha una oración fervorosa, aunque sea corta, que muchas tibias aunque largas y prolongadas" (Ibíd., lib. 5, c. 15).

"Sábete, empero —añadió— que las penas del Purgatorio se van aligerando con las oraciones y trabajos que se ofrecen por las almas, cuanto dichas oraciones son más fervorosas" (Ibíd., c. 16).

Aquel que cuando hace oración, pide con confianza, tiene tal fuerza sobre el corazón de Cristo, que no parece sino que le

obliga a oírle al punto y a concederle todo lo que le pide (Cit. P. Rodríguez).

SANTA ANGELA DE FOLIGNO (m. 1309)

Santa Angela de Foligno estuvo casada y habiendo quedado viuda ingresó en la Orden Tercera de San Francisco hacia el año 1291. Fue una mística extraordinaria que después de sufrir una terrible noche oscura, *recibe de Dios grandes confidencias. Por los grandes quilates de su experiencia mística y de su doctrina, ha sido proclamada "maestra de los maestros", "maestra de los teólogos" y "mística por antonomasia"* (1).

1. Sin la luz de Dios ningún hombre se salva. La luz de Dios hace dar al hombre los primeros pasos y la misma luz lo conduce hasta la cumbre de la perfección.

Si quieres comenzar a poseer esa luz, ora. Si ya comenzaste a perfeccionarte y quieres que esa luz aumente, ora. Si ya llegaste a la cumbre de la perfección y quieres recibir más luz, para poder permanecer en ella, ora. Si quieres la fe, ora. Si quieres la esperanza, ora. Si quieres la caridad, ora. Si quieres la pobreza, ora. Si quieres la obediencia, ora. Si quieres la castidad, ora. Si quieres la humildad, ora. Si quieres la mansedumbre, ora. Si quieres la fortaleza, ora. Si deseas alguna virtud, ora. Y ora de esta manera: leyendo en el libro de la Vida, a saber, en la vida

(1) Las obras de Santa Angela se componen de tres partes bien distintas: la primera parte está constituida por su *autobiografía*, la segunda está compuesta por *cartas, notas y exhortaciones*, y la tercera recoge los escritos relacionados con los últimos años de su vida: su *testamento* y el relato de su santa muerte. Los editores al reunir todos los escritos y publicarlos les han dado distintos nombres: "*Vida y Visiones*", "*Experiencia de Dios Amor*", etc. La repetición de algunos pensamientos se debe a que muchos de ellos provienen de las cartas que llevaban distintos destinatarios.

del Dios-Hombre Jesús, que fue pobreza, dolor, desprecio y perfecta obediencia.

Cuando hayas entrado por ese camino de perfección, serás molestado de muchas maneras y serás afligido horrendamente por infinitas tribulaciones y tentaciones de parte de los demonios, del mundo y de la carne. Pues bien, si quieres vencer, ora.

Cuando el alma quiere orar, es necesario que acuda con la pureza de la mente y del cuerpo: con pureza y con rectitud. Es necesario que cambie el mal en bien y no haga como muchos perversos que cambian el bien en mal. Así el alma se ejercita en esta pureza y se acerca con mayor confianza a la confesión que la librará de sus culpas. Y para que en el alma no quede nada impuro, ella se impone algunos interrogantes: se aisla en la oración, considera el bien y el mal que ha hecho, examina la intención con que obró el bien: los ayunos, las oraciones, las lágrimas y toda otra buena acción cumplida; y discierne cómo obró con poca sinceridad, es decir, de manera insuficiente y con omisiones.

No hagamos como los malos. Confiesa tu pecado y haz penitencia. En esa confesión el alma hallará la pureza.

Después vuelve a la oración, y no te afanes en otras ocupaciones una vez que comiences a sentir acerca de Dios con mayor plenitud que en el pasado. Tu paladar ahora está dispuesto mejor que en el pasado para saborear a Dios, y te es dada una luz potentísima para ver a Dios en sí mismo...

Cuídate y no cedas espacio a los enemigos desistiendo de orar. Cuanto más tentado seas, tanto más persevera en la oración. Es en virtud de tu continua oración que mereces ser tentado. El oro ha de ser purificado y fundido. Y es en virtud de la continua oración que mereces ser liberado de *caer* en las tentaciones.

La oración ilumina, libera de las tentaciones, purifica y une a Dios.

2. La oración no es más que la manifestación de Dios y de uno mismo. En esta doble manifestación, de Dios y de uno mismo, consiste la verdadera y perfecta humildad. El estado de humildad se consigue cuando el alma ve a Dios y ve a sí misma. Entonces se halla en la más perfecta humildad. Por esa humil-

dad la gracia de Dios penetra más profundamente y crece en el alma. Cuanto más la gracia de Dios abisma el alma en la humildad, tanto más desde ese abismo de humildad aumenta la gracia de Dios, y cuanto más aumenta la gracia de Dios, tanto más el alma se hunde en los abismos de la humildad y ahí descansa. La perseverancia en la humildad hace aumentar en el alma la luz de Dios y la gracia. Y la luz de Dios y la gracia hunden cada vez más el alma en los abismos de la humildad, a través de la lectura, como se dijo, de la vida del Dios-Hombre, Jesucristo.

Llegar a la manifestación de Dios y de sí mismo: no conozco cosa más grande. Pero la gracia de esa manifestación de Dios y de sí mismo, la merece únicamente la oración de los hijos legítimos de Dios. Delante de estos hombres que saben orar se pondrá el libro de la vida, es decir la vida de Dios-Hombre, Jesucristo, en el cual hallarán todo lo que anhelan. Y serán colmados de la bendita sabiduría de Dios que no hincha, y allí hallarán toda la doctrina necesaria para ellos mismos y para los demás.

Si quieres, pues, llegar a las cumbres de la iluminación y de la enseñanza de Dios, lee en ese libro de la vida. Si lo lees bien, y leyéndolo meditas, serás iluminado e ilustrado acerca de todo lo necesario para ti mismo y para los otros, cualquiera que sea tu estado. Si lo lees atentamente y no de prisa, serás inflamado por el fuego de Dios de tal modo que acogerás como gran consuelo toda tribulación; y te considerarás muy merecedor de tribulaciones. Y además, lo que es aún más grande, si te tocaran en suerte alguna prosperidad o alguna alabanza de los hombres por los dones que Dios ha puesto en ti, no te hincharás ni te alzarás en soberbia, porque, leyendo en el libro de la vida, podrás ver y reconocer en verdad que la alabanza no te pertenece.

Uno de los signos por los cuales el hombre puede conocer que está en gracia de Dios es éste: por ninguna cosa se hincha y se ensoberbece, sino que en todo halla motivo de humillarse.

3. La oración es de tres especies: corporal (o vocal), mental y sobrenatural. La sabiduría de Dios que es ordenada y ha impuesto a todas las cosas un orden, estableció con su suprema sabiduría que nadie pueda llegar a la oración mental sin que antes posea la corporal, y que a nadie sea concedida la oración

sobrenatural sin que antes posea la corporal y la mental. Y esta sabiduría ordenadísima exige que las oraciones de las Horas le sean tributadas a la hora prescrita, a menos que uno esté totalmente impedido por alguna enfermedad física, o a menos que de la oración mental y sobrenatural sobrevenga una tal alegría que la lengua carnal quede completamente absorbida. Además, la oración debe hacerse, en lo posible, con el alma tranquila, y, ¡ojalá! en la soledad y en el recogimiento corporal.

Cuanto más ores, más iluminado serás. Y cuanto más seas iluminado, tanto más profunda y esclarecidamente verás al Sumo Bien y a su infinita bondad. Y cuanto más profunda y excelentemente lo veas, tanto más lo amarás. Y cuanto más le ames, tanto más feliz serás. Y cuanto más feliz seas, tanto más lo comprenderás y te harás capaz de comprenderlo. Por último, llegarás a la plenitud de la luz, porque comprenderás que no puedes comprender.

De esta espléndida oración, en la cual debemos perseverar, tenemos un ejemplo que nos viene del mismo Hijo de Dios, que nos enseñó a orar de muchas maneras con las palabras y con las obras.

Nos exhortó con sus mismas palabras a orar, cuando dijo a los discípulos: "*Velad y orad para no caer en la tentación*" (Mt. 26, 41). Y en muchas partes del Evangelio hallarás que nos instruyó de muchas maneras sobre esta santa oración, y a todos nos hizo entender que le era muy querida, y muy muchas veces nos exhortó.

Como nos amaba de verdad y de corazón, para que no tuviéramos disculpas acerca de la santa oración, el mismo Jesús quiso orar para que, siquiera arrastrados por su ejemplo, la amáramos sobre todas las cosas.

Dice el evangelista: "*Después de haber orado largamente, su sudor se condensó en gotas de sangre que fluían hasta la tierra*" (Lc. 22, 43). Coloca delante de tus ojos este espejo, y esfuérzate con todo tu ser por alcanzar algo de esa oración, ya que El rogó por ti, y no por sí mismo.

Oró también cuando dijo: "*Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se cumpla mi voluntad sino la tuya* (Mt. 26, 42). Consi-

dera cómo Jesús somete su voluntad a la voluntad de Dios. Obra también tú según ese ejemplo.

Oró también cuando suspiró: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc. 23, 46). Pues bien, ¿qué más? ¿Por qué descuidas la oración, si nada se puede lograr sin ella? Jesús, que era verdadero Dios y verdadero Hombre, rogó por ti, no por sí mismo, para que tomes el ejemplo de la auténtica oración. Si de El deseas algo, es absolutamente imprescindible que ores. Sin la oración nada lograrás.

Tenemos además el ejemplo de la Virgen gloriosa, Madre santísima del Dios-Hombre, Jesús. ¿Tendríamos en poco aprecio su oración y la de su bendito Hijo? Y si no, ¿por qué no la imitamos? Ella nos enseñó a orar proponiéndonos el ejemplo de su santa oración.

Ella oró cuando ofreció a Dios la propia virginidad. Y mientras estaba absorta en esta oración, la luz divina descendió en ella más abundante. Y en fuerza de esta luz divina y con mayor esplendor consagró a Dios junto con su virginidad también su alma y su cuerpo. Y con esa luz divina la Virgen llegó a la perfecta manifestación de Dios y de sí misma. Su oración, es decir esa doble manifestación, fue siempre su altísima contemplación.

Los hombres oramos de dos maneras de las que la Virgen no tuvo necesidad: Oramos para ser liberados de la pena eterna que merecimos por nuestros pecados, y también oramos para que, por la abundancia de su misericordia, seamos purificados de los mismos. La Madre de Dios no tuvo necesidad de hacer estas dos peticiones.

Oramos también para ser iluminados y para crecer en las virtudes y en los dones de la gracia que la Madre de Dios poseyó en grado sumo. Si bien la Virgen María procediera de nuestra corrompida humanidad, sin embargo fue elegida de manera singular por el Padre y por El, embellecida de un privilegio especial, glorioso y grande: el de no tener necesidad de ser purificada ni liberada de la pena.

La Madre de Dios fue tan privilegiada por singulares virtudes e inefables dones que jamás, ni por breve tiempo, pudo ser separada de esa unión con Dios. Y vivió siempre unida a la

divina e inefable Trinidad, tanto que, ya en esta vida gozó de esa beatitud que los santos gozan en el paraíso: la beatitud de la incomprensibilidad. Los santos comprenden que no pueden comprender. Y en tal comprensión, desde la tierra, se sumergió feliz el alma de la bienaventurada Virgen, si bien no pudiera disfrutar en este mundo de la experiencia del paraíso. (*Experiencia de Dios Amor*, Buenos Aires, 1978, pág. 161-167).

4. La oración está allí donde se halla Dios. Hay tres clases o partes de la oración, fuera de las cuales es imposible hallar a Dios. Y son la oración corporal (o vocal), la oración mental y la sobrenatural.

La oración corporal es la que se hace con sonidos de palabras y con ejercicios del cuerpo, como las genuflexiones y actos semejantes. Yo jamás descuido este tipo de oración. Hubo veces en que deseaba ejercitarme en la oración mental; pero advertí que la pereza y el sueño se burlaban de mí y estaba perdiendo el tiempo; por eso volvía a la oración corporal.

La oración corporal introduce en la oración mental. Pero debe hacerse con atención. Cuando tú recitas el "Padrenuestro", considera lo que estás diciendo y no corras, preocupado de alcanzar cierto número, como hacen las mujercitas que hacen tareas a destajo.

La oración mental se alcanza cuando la meditación de Dios ocupa tanto nuestra mente que a ninguna otra cosa se dirige el espíritu, sino a Dios. Si alguna otra cosa penetra en la mente, esa oración no puede llamarse ya mental. Y esta oración traba la lengua, que así no puede hablar más. La mente está totalmente henchida de Dios, y ninguna otra cosa puede distraerla, ni pensamiento ni conversación que no sea Dios.

De la oración mental se pasa a la sobrenatural.

Es sobrenatural la oración en la que el alma, por la dignación de Dios que la colma, tanto se eleva, que se dilata por encima de su misma naturaleza. Comprende a Dios más que lo que podría comprender con su misma naturaleza y conoce que no puede comprender. Y lo que conoce no lo puede explicar, porque casi todo lo que contempla y experimenta trasciende su naturaleza.

En estos tres grados el alma aprende a conocerse a sí misma y a Dios. Y en proporción a cómo conoce a Dios, lo ama; y en proporción a cómo lo ama, desea poseer lo que ama.

Esta es la señal del amor auténtico: el que ama no se transforma parcialmente, sino totalmente en el Amado. Y ya que esta transformación no es continua ni dura largo tiempo, el alma se dedica con todas sus ansias a buscar los medios que la pueden transformar en la voluntad del Amado, para retornar otra vez a esa visión. Y busca lo que ama, es decir a Aquel al que ella ama. El Padre nos trazó el camino a través del Amado, que es su Hijo... (Ibíd., pág. 198-199).

5. Quien conoce la verdad, tiene un amor de fuego. Mas este conocimiento profundo no puede el alma tenerlo por sí misma, ni por la Escritura, ni por la ciencia, ni por criatura alguna. Estas cosas exteriores pueden disponer al alma para el conocimiento, pero solamente lo conseguirá con la gracia divina y su luz celestial. Por tanto, para alcanzar este divino conocimiento, no conozco otra vía más segura ni más corta que la oración pura y continua, humilde y violenta. Una oración que no salga tan sólo de los labios, sino del espíritu y del corazón, de todas las potencias del alma y de todos los sentidos del cuerpo; una oración llena de inmensos deseos que se lanza sobre el objeto deseado.

El alma que quiere encontrar la piedra preciosa de la verdad y ver la luz, ore, medite y lea continuamente el libro de la vida, que es la vida mortal de Jesucristo. Por tanto, si deseas la luz de la gracia, librar el corazón de cuidados, poner freno a las tentaciones y llegar a ser perfectos en el camino de Dios, refugiaos a la sombra de la cruz de Jesucristo (por la oración). Pues en verdad que no hay otro camino abierto a los hijos de Dios, ni hay otro medio de hallarle y tenerle (que la oración y meditación) de la vida y muerte de Jesús crucificado. Esto es lo que yo llamo "*libro de la vida*", cuya lectura está reservada para la oración continua, que ilumina, eleva y transforma el alma. El alma así iluminada, ve claramente el camino de Cristo; y cuando por él corre, se siente no sólo libre del peso del mundo y sus cuidados, sino llena de delicias y dulzuras divinas; y, abrasada en el fuego que Dios enciende en ella, es cambiada por El mismo. La oración

asidua encuentra todos los bienes en la vista de la cruz... Mas esta manifestación no se hace sino a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fervientes lectores del libro de la vida... Si, pues, quieres la luz que excede toda luz, lee en este libro (*Vis. c. 57*).

6. La oración mental bien hecha, tiende de suyo a la contemplación sobrenatural, y así, cuantos procuran meditar y orar como conviene, acaban por ser contemplativos. La oración es la fuerza que trae a Dios y el santuario donde se le halla. Hay tres maneras de oración: la *corporal*, la *mental* y la *sobrenatural*. La corporal supone el concurso de la voz y de los miembros para honrar y reverenciar con todo al Señor... No debe descuidarse, porque es el camino para las otras. Pero hay que hacerla con recogimiento... Hay oración mental cuando el espíritu está lleno y poseído de Dios, que de ninguna otra cosa se acuerda; y así, la lengua viene a quedar enmudecida. La oración mental conduce a la sobrenatural. Hay oración sobrenatural cuando el alma, arrebatada sobre sí misma y poseída de la plenitud divina, es elevada a tal altura, que ve y comprende lo que no puede explicar... La divina sabiduría, que en todo ama el orden, ha dado la oración corporal como apoyo de la mental, y ésta como escabel de la sobrenatural. Quiere que cada cosa a su tiempo, a no ser que en la oración mental o sobrenatural quede el alma poseída de un gozo tal que le cierre los labios.

La oración requiere unidad, exige la totalidad del hombre y no una sola parte de él; reclama todo el corazón: y, si se le da solamente una parte de él, nada se consigue... Hay que dar en ella todo el corazón para poder gustar el fruto de este árbol. Del corazón dividido viene la tentación. Orad, y orad continuamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis y tanto más perfecta y sublime llegará a ser vuestra contemplación... Entonces veréis cómo aumenta vuestra capacidad de comprender y llegaréis a la plenitud de la luz e inteligencia. ¿Queréis emprender el buen camino? Pues orad. ¿Queréis creer y subir al monte santo de la perfección? Orad. ¿Queréis subir por encima de la luz? Orad... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo? Orad. Los apóstoles estaban orando cuando El bajó sobre ellos. Orad y guardaos de dar

entrada al enemigo, que está siempre observándoos. Y sabed que le daréis entrada desde el momento que dejéis de orar... la oración y sólo la oración os librará de él; sólo ella os ilumina y os une con Dios (*Vis. e Inst. c. 62*).

7. La ley de la oración, es la unidad: exige la totalidad del hombre, y no parte de él. La oración reclama entero el corazón; y si solamente se le da parte de él, no se consigue nada. Hay que darlo todo si se quiere gustar del fruto de este árbol; porque la tentación viene de la división del corazón.

Orad, y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis; más profunda, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; y mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo, y más perfecta la comprensión.

Entonces sentiréis aumentar en vosotros la íntima capacidad de comprender, luego llegaréis a la plenitud de la luz, y recibiréis los conocimientos de los que no era capaz vuestra naturaleza, todos los secretos que están por encima de vosotros... ¿Queréis comprender el buen camino? Pues orad. ¿Queréis crecer y subir al monte santo de la perfección? Orad. ¿Queréis subir por encima de la luz? Orad... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo? Orad. Los apóstoles estaban orando cuando El bajó sobre ellos.

Orad y guardaos de dar entrada al enemigo, que está siempre observándoos. Al enemigo le daréis entrada desde el momento en que dejéis de orar... La oración es la que os libra de él, ella es la que os ilumina y la que os une a Dios" (Visiones e instruc. c. 62) Lo copiamos de Arintero: "Cuestiones Místicas".

Ella, la oración, es la que libra del enemigo, la que ilumina, la que purifica, la que une al alma con Dios.

Esta manifestación es la humildad perfecta que reside en el conocimiento de Dios... Conocer el *todo* de Dios y la *nada* del hombre, tal es la perfección...

Si se os quitara la gracia de la oración sensible, seguid siendo tan asiduos a ella como en los días de mayor fervor. El sacrificio más perfecto y más agradable a los divinos ojos es seguir el mismo camino, con su gracia, cuando ésta deja de abrasar.

Si por vuestra culpa —que de eso proviene la más de las veces— o por algún designio de la misericordia eterna, que os dispone para cosas más sublimes, se os retira el fervor sensible, insistid en la oración, en la vigilancia y en la caridad; y si la tribulación la tentación sobrevienen con su fuerza purificadora, continuad, continuad y no aflojéis. Resistid, combatid, triunfad a fuerza de importunidad y de violencia. Dios os devolverá el ardor de su llama; haced vuestro negocio, que El hará el suyo.

La oración violenta que uno arranca de sus entrañas desgarrándolas, es poderosísima ante Dios. Perseverad, perseverad en la oración; y si comenzáis a sentir a Dios más plenamente que nunca..., haced el vacío; dejadle todo el lugar; porque va a dárseos una gran luz para veros y para verle (Ibíd.)

8. Quien conoce (a Dios) de verdad, ama con fuego. Mas este conocimiento profundo no puede el alma tenerlo ni por sí misma, ni por la Escritura, ni por la ciencia, ni por cosa creada alguna. Estas cosas exteriores pueden disponer el alma para el conocimiento, pero introducirle en él, sólo pueden la luz divina y la gracia de Dios. Y para alcanzar de El este conocimiento, no conozco otra vía más segura ni más corta que una oración pura, continua, humilde y violenta; una oración que no salga tan sólo de los labios, sino del espíritu y del corazón, y de todas las potencias del alma, y de todos los sentidos del cuerpo; una oración llena de inmensos deseos, que se lanza sobre el objeto deseado.

El alma que quiera encontrar la piedra preciosa, conocer la verdad y ver la luz, ore, medite y lea continuamente el libro de la vida, que es la vida mortal de Jesucristo. Por tanto, si deseas la luz de la gracia, librar el corazón de cuidados, poner freno a las tentaciones y llegar a ser perfectos en el camino de Dios, refugiaos a la sombra de la cruz de Jesucristo. Pues en verdad no hay otro camino abierto a los hijos de Dios, no hay otro medio de hallarle y tenerle, que (la meditación de) la vida y muerte de Jesús crucificado. Y esto es lo que yo llamo *libro de la vida*, cuya lectura está reservada para la oración continua, que ilumina, eleva y transforma el alma... La oración asidua todo lo encuentra a la vista de la cruz...; mas esta manifestación no se hace sino a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fer-

vientes lectores del libro de la vida... Si, pues, quieres la Luz que excede a toda luz, lee en este libro (Visiones, c. 57).

BEATO RAIMUNDO LULIO (m. 1309)

El Beato Raimundo Lulio, terciario franciscano de Mallorca, fue un escritor famoso que mereció el dictado de Doctor Iluminado. Murió mártir de Cristo en Africa. León X aprobó su culto en 1514, y Pío IX lo beatificó en 1847.

1. *¿Qué es oración?*— Oración es la elevación devota a Dios de piadosos pensamientos pidiendo la eterna bienaventuranza, y rogando a Dios nos conceda los bienes que nos convengan para esta vida temporal.

2. Amable hijo, la oración puede ser de tres maneras: la primera es cuando el alma recuerda y entiende y ama a Dios, y todo aquello por lo que adora a Dios. La segunda, cuando con la boca nombra y dice lo que el alma recuerda, mientras entiende y ama. La tercera es cuando el hombre hace obras buenas, pensando y amando a Dios.

3. No es conveniente hablar con Dios ni rogarle con el corazón envuelto y enredado en vanidades; pues conviene que tanto el corazón como la boca estén de acuerdo al mismo tiempo con lo que hacen. Por tanto, si tú puedes tener la mente en lo que dices cuando ruegas a Dios, procura tener nuevas razones y nuevos pensamientos para rogar a Dios, porque con el hallazgo de nuevas razones puedas obligar tu corazón a recordar lo que dirás con las palabras.

4. Hijo, al levantarte por la mañana, vete a la iglesia a orar a Dios, y arrodíllate ante el altar, haciendo la señal de la cruz. Con tus ojos mira la cruz, para recordar la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Levanta los ojos de tu alma y tus manos a Dios, y besa la tierra con humildad, recordando que de ella vienes y a ella volverás.

Saluda la cruz, diciendo: "*Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum*". Di el *Paternoster* en memoria de la pasión de Jesucristo que lo dijo la noche en que fue entregado a muerte. Con el *Ave María* saluda a la Reina del Cielo, Nuestra Señora; y en los ángeles y santos de la gloria, alaba y adora a nuestro Señor Dios.

Cuando hayas dicho estas cosas de rodillas ante el altar, vete a otro sitio si lo encuentras más apto para la oración; pues la multitud de gentes te puede estorbar para la oración; y en el sitio que escojas haz tu oración... Adora a Dios, sobre todo, por su bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, amor, virtud, verdad, gloria, plenitud, justicia, generosidad, misericordia, humildad, señorío, paciencia.

6. Pide, hijo, fe a Dios, para que creas lo que no entiendes. Pídele que te dé esperanza para que confíes en El en tus necesidades. Pide a Dios caridad, para que le ames a El y te ames a ti mismo y a tu prójimo. Pídele justicia, para que temas a Dios y tú mismo te animes a sufrir en este mundo trabajos por amor de Dios y para satisfacer por tus culpas. Pide a Dios la luz de la sabiduría para que ilumine tu alma por sus caminos, y sepas y quieras iluminar a aquellos que están en las tinieblas del error. Pide a Dios fortaleza para luchar contra la gula, la lujuria, la avaricia, la envidia, la pereza, el orgullo, la ira. Pide te conceda templanza en el comer y beber, hablar, vestir, gastar, dormir, velar, etc.

7. Sepas, hijo, que es mejor, sin comparación, pedir a Dios las virtudes antedichas que pedir salud, vida, dinero, honra, hijos, posesiones u otras cosas semejantes a éstas; pues con todas estas cosas puede estar uno en la ira de Dios y puede exponerse a infinitos trabajos, al contrario, por las virtudes, llega uno a ser bienaventurado en la gloria celestial que dura para siempre.

8. Amable hijo, ruega por tu padre y por tu madre, pues de ellos has recibido el ser que tienes, que no darías por todo el mundo. Ruega por tu mujer y tus hijos, si es que los tienes, pues gracia grande hace Dios al hombre dándole mujer e hijos que sean sus servidores. Ruega por el señor terrenal, pues te lo ha dado para que te ayude y te defienda, o te castigue para que no pierdas la gloria de Dios.

9. Hijo, ten oración constante, que es muy agradable a Dios, y ruega por el Papa y por los Cardenales, por los prelados y por los Príncipes, por los religiosos y por todo el pueblo cristiano, para que Dios les dé gracia para ser defensores de la santa fe católica y la exalten a honor de la santa pasión del Hijo de Dios, que sea honrada por la Santa Iglesia y todo el pueblo de los cristianos.

Haz, hijo, oración por los judíos, sarracenos, tártaros y por todos los otros infieles, para que Dios les dé luz de gracia y puedan convertirse a la santa fe católica, y Dios les dé por su piedad predicadores que les instruyan en el verdadero camino, sin temor a la muerte.

10. En tu oración no te olvides de los difuntos que están en el purgatorio, que sufren grandes penas por los pecados que han cometido. En estas penas pueden ser ayudados por los vivos que en este mundo ruegan a Dios y dan limosnas por amor de Dios.

11. Ten, hijo, en tu oración especial devoción a algún santo o santa, y ruégale y hónrale para que él interceda por ti delante de Dios; pues los santos de la gloria son tan amados de Dios que, para multiplicar su gloria, son escuchados los que en este mundo se encomiendan a ellos y los honran.

12. Acúsate hijo, confiesa tus pecados y pide perdón a la misericordia de Dios que te ha dado el ser que tienes, y dale gracias porque no te hizo contrahecho ni infiel, ni para otra cosa que no sea tan noble como el ser que te ha dado.

13. Si encuentras penas en el servicio de Dios o por tus culpas, da gracias a Dios, pues muy grandes son los bienes que vienen por estas penas; pues por los trabajos soportados con paciencia, es el hombre agradable a Dios, y los sufrimientos mortifican en el alma las vanidades del mundo.

14. Hijo, tú no podrías agradecer a Dios el bien que te ha dado ni el que te quiere dar, y por ello debes acudir a la Reina del mundo y a los Santos del paraíso, y ruégales que ellos agradezcan por ti lo que tú no puedes agradecer; pues siendo más numerosos y nobles que tú, están más capacitados para agradecer a Dios los bienes que te ha dado a ti.

15. No tengas vergüenza de hacer oración a Dios, pues honrado Señor es Dios; y en la iglesia no mires a hombres ni mujeres ni escuches sus palabras, pues te estorbarían para la oración. No preguntes nada, para que no eches a Dios de tu alma. Aprende tanto latín que entiendas la Misa; pues si la entiendes, más grata será tu oración a Dios.

16. ¿Sabes por qué te molesta una misa larga o un largo sermón? Porque no tienes devoción ni sabes contemplar con detención a Dios con afecto del corazón y con elevación del entendimiento a El, y consideración de las palabras de Dios.

17. Muchos tienen memoria y no saben recordar, entendimiento y no saben entender, y voluntad y no saben amar. Pues tú, si supieras recordar, entender y amar las palabras de Dios, te gustaría oírla y más bien te sentirías cansado y fastidiado si no la oyeres.

18. Hijo: si te sientes airado, o tienes alguna pena o tristeza en tu corazón, si te quieres alegrar y consolar, date enseguida a la oración; pues la oración tiene tan gran virtud, que todo hombre apenado, airado, desconsolado, o avergonzado, se siente animado, consolado, reposado y alegre. Y ¿sabes por qué? Porque la oración hace de intermediaria entre el hombre y Dios.

19. Hijo, están de acuerdo con la oración los ayunos, aflicciones, llantos, suspiros, contrición, vestidos humildes y soledad: ¿y sabes por qué? Porque lo contrario a estas cosas enturbian la oración y echan a Dios del pensamiento humano.

20. Llora en tu oración; pues lágrimas y palabras van de acuerdo en la oración: y si tienes tan duro el corazón que no puedas llorar, tienes falta de amor y de atrición... Dirígete sólo a Dios y recuerda su pasión, que sufrió por ti, recuerda también los grandes pecados que has cometido, para que con todo esto tengas ocasión de llorar.

21. Y si con todas estas cosas no puedes llorar, sube a los altos montes a hacer penitencia, huye del mundo y haz áspera vida en soledad. Imagina las grandes penas infernales que sufren los condenados, y cambia esta imaginación por las diversas maneras de tormentos que padecen, y entonces llorarás.

Mientras estés en este mundo, llora y adora al Rey del cielo; pues si los condenados pudieran llorar y huir así de las infinitas penas que padecen, tendrían gloria infinita llorando a nuestro Señor. (Catecismo Juvenil, ed. catalana, pág. 157-159.)

SAN GREGORIO EL SINAITA (m. 1346)

San Gregorio Sinaíta es originario del Asia Menor. Su vida, durante mucho tiempo la dedica a peregrinaciones de Claxómenos a Laodicea, a Chipre, al Sinaí, donde tomará su nombre, y a Creta donde el hesicasta Arsenio le descubrirá la oración del espíritu. Vuelve con ella a Athos donde reclutará algunos discípulos entre los que estaba su biógrafo Calixto, más tarde Patriarca de Constantinopla.

Por encima de todos los mandamientos existe este mandamiento que los involucra a todos: "*Acuérdate del Señor tu Dios en todo tiempo*" (Deut. 8, 18). Si este mandamiento no se cumple, no se cumplirá ninguno; pero cumpliendo esto, está asegurado el cumplimiento de todos...

No deberíamos tener necesidad del apoyo de la Escritura, ni de los Padres, para ser enseñados, sino que deberíamos aprender de Dios, hasta el punto de aprender y conocer en El y por El todo lo que necesitamos. Y no solamente nosotros, sino todos los fieles. ¿Acaso no hemos sido llamados para llevar grabadas en nuestro corazón las tablas de la ley del Espíritu y para conversar con Jesús mediante la oración pura de la misma forma admirable que los querubines?...

Existen dos formas de encontrar la energía del espíritu recibida sacramentalmente en el santo bautismo:

a) Ese don se revela de una manera general por la práctica de los mandamientos y al precio de grandes esfuerzos. San Marco el Ermitaño nos lo dice: "En la medida en que cumplimos

los mandamientos, ese don hace resplandecer más su fuego ante nuestros ojos".

b) El se manifiesta en la vida de sumisión a un padre espiritual, mediante la invocación continua y metódica del Señor Jesús, es decir, por el recuerdo de Dios.

El primer camino es el más largo, el segundo el más corto, a condición de haber aprendido a escarbar la tierra con coraje y perseverancia para descubrir el oro...

Esforcémonos por tener activa en nuestro corazón solamente la operación de la oración, que da calor, alegra el espíritu y consume el alma en un amor indecible por Dios y por los hombres. Entonces se verá nacer de la oración una gran verdad y contrición, pues la oración es para los principiantes la operación espiritual infatigable del Espíritu que, al comienzo, hace brotar del corazón un fuego gozoso y, al final, obra como una luz de buen olor...

Cómo ejercitar la oración. "Desde la mañana siembra tu semilla —la oración— y *por la tarde que tu mano no se detenga* para no interrumpir su continuidad arriesgándote a faltar a la hora de la satisfación, *pues tú no sabes cual de las dos te traerá la prosperidad* (Ecl. 11, 6, n. c.)...

La obra espiritual que no conlleva pena y fatigas no producirá ningún fruto a su autor. Pues el *Reino de los Cielos se toma con violencia* (Mt. 11, 22). La violencia es una mortificación perseverante del cuerpo... Aquellos que actúan con negligencia y relajamiento, se hacen mucho mal y jamás gozarán del fruto... "Aun cuando realicemos las acciones más elevadas, si no hemos adquirido la contrición del corazón, ellas serán bastardas y echadas a perder"...

No lo olvides: El recuerdo de Dios, o sea la oración espiritual, es la más elevada de todas las acciones y la más grande de todas las virtudes, junto con la caridad...

Aquel que trabaja para obtener la oración pura, caminará entonces en una tranquilidad y una compunción extremas bajo la conducción de consejeros experimentados, llorará sin cesar sus pecados temiendo el castigo futuro y lamentando estar separado de Dios en este mundo o en el otro... La oración infalible

es la oración ardiente (que hacemos a) Jesús... que consume las pasiones como el fuego las espinas, que trae al alma regocijo y alegría, que, semejante a una fuente, brota en pleno corazón del Espíritu vivificante. Que tu deseo sea no encontrar ni poseer más que a ella en tu corazón, guardando sin tregua tu espíritu de toda imagen, desnudo de pensamientos y conceptos perturbadores. No temas nada... Quien busque a Dios con sumisión humilde no tiene que temer ninguna desdicha. (La Filocalia de la oración de Jesús.)

La oración en los principiantes es como un fuego de alegría que sube del corazón. Pero en los perfectos es como una lumbrera activa y olorosa. La oración es la predicación de los apóstoles, la energía de la fe, o mejor, la fe inmediata, el fundamento de lo que se espera, el amor activo, el movimiento angélico, el poder de los seres espirituales, su obra y su gozo, el evangelio de Dios, la plenitud del corazón, la esperanza de la salvación, el signo de la pureza, el símbolo de la santidad, el conocimiento de Dios, la manifestación del bautismo, la purificación del baño, las armas del Espíritu Santo, la exultación de Jesús, la alegría del alma, la piedad de Dios, el signo de la reconciliación, el sello de Cristo, el rayo del sol espiritual, la estrella matutina de los corazones, la certeza del cristianismo, el signo del perdón divino, la gracia de Dios, la sabiduría de Dios, o mejor, el comienzo de la sabiduría misma, la manifestación de Dios, la obra de los monjes, la vida de los que se consagran a las "hesyquía", el origen de la "hesyquía", el testimonio de la vida evangélica. ¿Qué más decir? Dios, que es la plenitud de todo en todos, es oración. Porque una es la energía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que lleva a plenitud todo en Jesucristo.

El arma suprema es la constancia en la oración y el duelo, a fin de no caer de la alegría de la oración en la presunción, sino permanecer salvo tomando sobre sí el dolor que regocija el corazón. La oración infalible es el calor que acompaña a la oración de Jesús que ha venido a traer fuego a la tierra de nuestros corazones. Ella quema las pasiones como las espinas y da al alma el gozo y la alegría. Ella no viene ni por la derecha ni por la izquierda ni por arriba, sino que brota del corazón como una

fuente de agua que corre del Espíritu que da la vida. No desees hallar y poseer otra cosa en tu corazón y guarda tu mente siempre libre de imágenes y despojada de reflexiones y pensamientos y no temas. (Hesyquiasta.)

SAN GREGORIO DE PALAMAS (m. 1359)

San Gregorio de Palamas (1296-1359), arzobispo de Tesalónica, es el más grande teólogo del movimiento Hesycasta. Sus obras fueron aprobadas por tres concilios (Constantinopla, 1341, 1347, 1351). Migne las recoge en PG 150 y 151.

1. La virtud de la oración es la que lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios, pues la oración es el vínculo de las criaturas racionales con el Creador (PG 150, 117 B).

2. Dios es el Bien en sí, la Misericordia misma, un abismo de Bondad, y, al mismo tiempo, El abraza ese abismo y excede todo nombre y todo concepto posibles. No hay otro medio para alcanzar su misericordia que la unión con El. Uno se une a Dios compartiendo, en la medida de lo posible, las mismas virtudes, por ese comercio de súplica y de unión que se establece en la oración.

La participación en las virtudes, por la semejanza que instaura, tiene por efecto disponer al hombre virtuoso a recibir a Dios. Pertenece al poder de la oración operar esta recepción y consagrar místicamente el crecimiento del hombre hacia lo divino y su unión con El —pues ella es el lazo de las criaturas razonables con su Creador— siempre a condición de que la oración haya trascendido, gracias a una compunción inflamada, el estadio de las pasiones y de los pensamientos. Pues un espíritu ligado a las pasiones no podría pretender la unión divina. En tanto que el espíritu ora en esta clase de disposición, no obtiene misericordia; en cambio, cuanto más éxito alcanza en alejar los pensamientos, más adquiere la compunción y, en la medida de su

compunción, participa en la misericordia y en su consuelo. Que persevere humildemente en este estado y transformará enteramente la parte apasionada del alma...

3. La conversión del espíritu hacia sí mismo consiste en cuidarse de sí mismo; su ascensión hacia Dios se opera ante todo porla oración: a veces será una oración recogida y encontrada, a veces será una oración más extendida... El que persevera en esta concentración del espíritu y en este crecimiento hacia Dios, rechazando enérgicamente los importunos pensamientos, se acercará interiormente a Dios y entrará en la posesión de los bienes inefables, gustando el siglo futuro y conociendo espiritualmente cuán bueno es el Señor, según la palabra del salmista: *"Gustad y ved qué bueno es Yavé"* (Sal. 34, 9).

Llegarse a la Trinidad espiritualmente y unir la oración a este cuidado, no es demasiado difícil. Pero perseverar largo tiempo en este estado generalmente inefable, esa es la dificultad misma. El trabajo que requiere cualquier otra virtud es insignificante y ligero en comparación (al trabajo que se requiere para perseverar en la constancia en la oración). He aquí por qué muchos renuncian al encierro de la virtud de la oración y no llegan más que a los grandes espacios abiertos a los carismas. Pero a los que son pacientes (y constantes en la oración), los están esperando los más grandes auxilios divinos, que los sostendrán y los llevarán gozosamente hacia adelante, haciéndoles fácil la dificultad misma y confiriéndoles una aptitud angélica. Dichos auxilios otorgan a la naturaleza humana la posibilidad de vivir (por encima de sí misma) según las naturalezas que la sobrepasan. El profeta lo ha dicho: *"Los que esperan en Yavé renuevan sus fuerzas, remontan el vuelo como águilas, corren sin fatigarse y caminan sin cansarse"* (Is. 40, 31). (Capítulos sobre la oración y Apología de los hesicastas.)

BEATO JUAN TAULER-TAULERO (m. 1361)

El beato Taulero nació en Estrasburgo (Francia). Es autor de varios tratados de mís-

tica que le han grangeado merecida celebridad: Sermones del tiempo y de Santos; *la* Vida de Jesucristo; *Las* Epístolas; *el* Alfabeto dorado; Diálogo de un teólogo con un mendigo; *y el más importante,* Las Instituciones. *Su fiesta es el 17 de mayo.*

1. Leemos en la Carta de San Pedro: *"Permaneced unánimes en la oración"* (1 Ped. 3, 8). San Pedro menciona aquí lo más útil, lo más deleitable y la más noble de todas las obras. Esto es lo más provechoso que podemos hacer en cualquier tiempo; por tanto, debemos conocer qué cosa es la oración, su esencia, el modo cómo la hemos de hacer y el porqué debemos orar, así como cuál sea el lugar más adecuado para la oración.

¿Qué es oración?—Orar es esencialmente elevarse a Dios en el fondo del alma, como dirían los santos doctores. Lugar para la oración es el mismo espíritu, como ha dicho el Señor. En cuanto al modo de disponerse y comportarse es de lo que vamos a hablar ahora brevemente.

2. *Descalzarse para entrar.* Pero tened por cierto que el hombre de bien, si quiere aplicarse a orar sinceramente y como conviene para que su oración sea realmente escuchada, debe, ante todo, volver la espalda a las cosas temporales, a todo lo que no es divino, sean amigos o extraños, vanidad de atuendos, juguetes o cualquier cosa que no esté puramente motivada por Dios. Tiene, además, el deber de desechar de sus palabras y de la conducta todo desorden interior y exterior. Es así como el hombre debe prepararse a la verdadera oración.

Cuando San Pablo dice que el que ora debe tener el alma unificada, quiere decir que el corazón debe estar entera y exclusivamente unido a Dios, que el hombre debe tener la mirada de su fondo y de su corazón orientado totalmente hacia Dios y adherirse a El con afecto y generosa unión.

3. Mis amigos: Es de Dios de quien nos viene todo lo que poseemos; por tanto, no podremos menos de devolverle todo cuanto hemos recibido de El: la mirada interior y el corazón vuelto solamente hacia El, sin compartirlo con nada ni con

nadie, verdaderamente uno. Así es como el hombre debe desplegar sus facultades interiores y exteriores y elevarlas todas a Dios. Este es el verdadero método de oración.

En el santuario. No os imaginéis que la oración consiste en musitar exteriormente con la boca, recitar un número de salmos, de preces y desgranar el Rosario mientras que el corazón divaga. Tened esto en cuenta: Todas las fórmulas de oración y todas las obras que os impiden la comunicación con Dios en vuestro corazón, debéis dejarlas decididamente a un lado, cualesquiera que fueran todas esas prácticas piadosas, de cualquier manera que las llaméis, por grandes y buenas que os parezcan, a menos que se trate de las "Horas" a las que estáis obligados por la ley de la Iglesia. Fuera de este caso, da de mano a las demás que puedan ser para ti un obstáculo a la real y verdadera oración...

4. *La oración mental.* La oración mental aventaja y sobrepasa todas las oraciones vocales, porque el Padre quiere hombres que le adoren así, y todos los otros rezos no son sino medios para la oración del espíritu. Todo debe estar al servicio de la oración y aquello que no ayude a esto, debemos dejarlo de lado decididamente.

Fijaos en todos cuantos trabajan en la construcción de una catedral. Se ejecutan trabajos diferentes. Puede que haya allí más de cien obreros ocupados en la construcción sirviendo de modos diversos. Unos acarrean piedras, otros argamasa, cada uno según su tarea, pero todos encaminados a la construcción del edificio. Este no tiene más finalidad que ser casa de oración. La oración es la razón de todo aquel maravilloso trabajo. Así es que todos los otros métodos están encaminados a la oración, a la unión con Dios. Si se hace la oración interior, la verdadera oración, todo lo conducente a ella es provechoso, ha conseguido su fin.

5. Por lo demás, queridísimos amigos, sabed que se hacen un daño espantosamente grande y mortífero todos aquellos que menosprecian esta obra *de la oración interior* y no emplean en ella todas sus facultades. Viven en grandísimo peligro perdiendo tiempo tan precioso... ¡Que nadie se atreva a distraer a los hijos

de Dios forzándolos al vértigo del activismo o metiéndolos en la multiplicidad con sobrecarga de prácticas vulgares y obras externas. Podrían extraviarlos (Temas de oración, 13).

6. Si alguien preguntare, cómo podrá más fácil y compendiosamente conseguir una vida deiforme y llegar a ser hecho un espíritu con Dios, le diré que aprendiendo a ser un diligente morador de sí mismo, recogiéndose *en oración* dentro de sí con una perpetua *introversión.* Porque allí es donde verdaderamente *se siente* resplandecer la luz; allí es donde se oyen las inspiraciones, los movimientos y los instintos del Espíritu Santo (Div. inst. c. 28).

SANTA BRIGIDA (m. 1373)

Santa Brígida de Suecia nace en 1302 y en 1316, cuando no tenía más que 14 años, su padre la compromete en matrimonio al príncipe Ulfo de Nericia. Brígida hubiera preferido la muerte, pero obedece y del fruto de este matrimonio nació una niña que el mundo conocerá con el nombre de Santa Catalina de Suecia. Su esposo murió como un santo, y al quedar viuda funda la Orden de San Salvador. Tuvo grandes revelaciones que recoge en un libro que la ha hecho famosa.

1. A esta Santa le apareció una vez Nuestra Señora y le dijo: "El demonio envidioso del bien de los hombres, procura cuanto puede ponerles impedimentos y estorbos cuando están en la oración; pero tú, hija mía, aunque seas molestada en ella de cualquier tentación, por mala que sea, y te parezca que no la puedes desechar, procura perseverar como pudieres en tu buena voluntad y deseos santos, y esa será muy buena y provechosa oración y de mucho merecimiento delante de Dios" (Cit. Blosius).

2. Palabras de Jesucristo a su esposa sobre la manera de hacer oración y sobre el respeto que se debe tener al hacer oración:

Soy vuestro Dios, que, crucificado sobre la cruz, verdadero Dios y verdadero hombre en una persona, continúo todos los días en las manos de los sacerdotes. Cuando me dirigís cualquier oración, terminadla siempre así: *Hágase tu voluntad y no la mía.* Pues cuando me rezáis por los condenados no os escucho. A veces deseáis lo que es contra vuestra salvación; por tanto, es necesario que sometáis vuestra voluntad a la mía. Sé todo y preveo todo lo que os es útil. A la verdad que son bastantes los que me rezan, pero no con pureza de intención, y por ello no merecen ser escuchados. (Rev. edic. franc. pág. 36.)

3. Oí una voz del cielo que decía: "Por las oraciones de mis amigos aquel pecador obtendrá antes de morir la contrición divina, de suerte que no descenderá al infierno, sino que será purificado soportando las penas del Purgatorio. Y esa alma, una vez purificada, tendrá la recompensa en el cielo, con los que han tenido en la tierra fe y esperanza con un poco de caridad... (Ibíd., pág. 146).

4. Aquel que ofrece a Dios por el alma de otro un *Pater noster*, etc., le ofrece algo más agradable que si ofreciera un gran peso de oro (Ibíd., pág. 166).

5. Os suplico que os esforcéis en obtener mediante vuestras oraciones, de Dios que todo lo puede, para que os dé la paciencia y llene vuestro corazón de su amor (Ibíd., pág. 166).

SANTA CATALINA DE SIENA, Dr. (m. 1380)

Santa Catalina de Siena, virgen, es al mismo tiempo profetisa y reformadora, oráculo de reyes y papas, maestra iluminada en las vías de la perfección, prodigio de penitencia y víctima de amor de Dios. A los siete años hace voto de perpetua virginidad y empieza los primeros ensayos de vida anacorética. A los 17 años se hace terciaria dominica y lleva una vida de asceta entregada a la oración y la penitencia. Su influencia en la política de su

tiempo fue decisiva, consiguiendo la pacificación de Italia y el traslado de la Corte del Papa a Roma. Muere en 1380 cuando solamente contaba 33 años.

1. Por ningún otro modo gusta y es iluminada el alma tanto de la verdad como por la oración humilde y continua, fundándose en el conocimiento de sí y de Dios, y al ejercitarse en ella se une a Dios, siguiendo las huellas de Cristo Crucificado (Dial. Proemio).

2. De modo que acrecienta el fuego de tu deseo, y no dejes pasar un momento sin que pidas (por las almas del Purgatorio) con ruego humilde y continua oración (El Dial. 4).

3. Puesto que a mí vosotros no me podéis hacer ningún bien (por mi amor) debéis hacérselo al prójimo. Esta será la prueba de que me tenéis en vuestras almas por la gracia, en que hacéis frecuentes oraciones buscando mi honor y la salvación de las almas (El Dial. 7).

4. ¿Cómo se conoce que la fe está viva? En la perseverancia en la virtud, sin volver la vista atrás por motivo alguno, sin abandonar la oración, a no ser por obediencia o caridad. De otro modo no debe dejar la oración. Porque muchas veces llega el demonio con asaltos y trabajos en el tiempo destinado a la oración, y precisamente en el tiempo establecido para la oración más que cuando la persona no se encuentra en ella. Esto la lleva al tedio en la oración, diciéndole muchas veces: "Esta oración no te vale, porque no puedes atender a otra cosa que a lo que pronuncias". Y esto lo hace el demonio para llevarla al tedio y a la confusión de espíritu, para hacerla abandonar el ejercicio de la santa oración. Y es que ésta (la santa oración) es el arma ofensiva que tiene el alma para luchar contra cualquier adversario... (El Dial. 65).

5. Sabe, queridísima hija, que en la oración humilde, fiel y continua, adquiere el alma todas las virtudes con la perseverancia en la misma. Por eso debe perseverar en ella, y nunca dejarla por más ilusiones que le traiga el demonio, ni por propia fragilidad; es decir, por más pensamientos que la importune, ya ven-

gan de su propia carne o de lo que otros digan. Pues muchos la atacarán movidos por el demonio que se pondrá en su lengua haciéndoles que digan cosas para impedir su oración. Pero todo lo debe sufrir con la virtud de la perseverancia.

6. ¡Oh, qué dulce es el alma y grato a mí la santa oración en la morada del reconocimiento de lo que ella es y lo que Yo soy, abriendo los ojos del entendimiento con la luz de la fe y el afecto de la abundancia de la caridad!... ¿Dónde adquiere el alma el amor? En la morada del conocimiento de sí misma por la santa oración...

Pero no pienses que se recibe tan gran ardor y alimento sólo con la oración vocal, como piensan muchas almas, cuya oración es de palabras más que afecto, de modo que parece que no atienden a otra cosa que a recitar muchos salmos y padrenuestros. Satisfecho el número que se han determinado rezar, parece que no piensan en otra cosa; como si la finalidad de la oración fuera sólo la recitación vocal. No debe ser así, pues no haciendo más que esto, sacan poco fruto, y esto me agrada poco.

Si me preguntas: "¿Se debe abandonar ésta, puesto que parece que todos están llamados a la oración mental?". No, sino que debe andar con cuidado; pues bien sé Yo que el alma es primeramente imperfecta y después perfecta; y así es su oración. Debe, pues, no caer en la pereza cuando todavía es imperfecta; debe usar la oración vocal, pero no debe hacerla sin la mental, es decir, que mientras recita las oraciones debe ingeniarse para levantar y dirigir su mente a mi afecto en general, con la consideración de sus defectos y la sangre de mi Hijo unigénito, para que el conocimiento de sí y la consideración de sus defectos la hagan reconocer mi bondad...

Debe, pues, el alma condimentar el conocimiento de mi bondad con el conocimiento de sí misma y el conocimiento de mí. Así será provechosa la oración vocal a quien la haga y a mí me será agradable; y de la oración vocal imperfecta pasará a la mental perfecta si persevera en su práctica.

Pero si únicamente atiende a cumplir con el número de oraciones, o si por la vocal abandonase la mental, nunca alcanzará la perfección... En cuanto el espíritu se halle preparado, debe

dejar la oración vocal para seguir con la mental... La oración hecha de este modo lleva a la perfección. Por ello, la vocal, de cualquier modo que se haga, no debe ser descuidada, sino perfeccionada...

Ves por tanto que la oración perfecta no está en las muchas palabras, sino en los afectos y deseos, elevándose a mí por el conocimiento de sí misma... Así poseerá a la vez la oración vocal y la mental, porque ambas se hallan unidas... Debe, pues, el alma esforzarse varonilmente a sí misma con la oración que es como una madre. (El Dial. 66.)

7. **Llamad y se os abrirá**

Me desagrada mucho aquél que no llama con energía a la puerta de la sabiduría de mi Hijo unigénito siguiendo su doctrina. Seguirla es llamarme a aldabonazos con la voz del santo deseo, con humilde y continua oración a mí, Padre eterno.

Yo soy el Padre que os da el pan de la gracia por medio de esta puerta de mi Verdad. Alguna vez para probar vuestros deseos y perseverancia, hago como que no os oigo; pero os entiendo y doy aquello de que tenéis necesidad, pues os doy el hambre y la voz para que llaméis, y Yo, al ver vuestra constancia, cumplo vuestros deseos cuando están ordenados y dirigidos a mí.

A llamar os invitó mi Verdad cuando dijo: "*Llamad y se os responderá; golpead y se os abrirá; pedid y se os dará*" (Mt. 7, 7; Lc. 11, 9). Y lo mismo quiero que hagas tú: que nunca aflojes el paso en el deseo de pedir mi ayuda, ni bajes la voz para llamarme, pues Yo hago misericordia al mundo. No dejes de dar golpes a la puerta de mi Verdad siguiendo sus huellas. Alégrate con El comiendo el pan de las almas para gloria y alabanzas de mi nombre. Gime con ansiedad sobre el cuerpo muerto del hijo del género humano, al que he visto llegado a tanta miseria que tu lengua sería incapaz de narrar.

Por este gemido y grito haré misericordia al mundo. Esto es lo que pido a mis siervos y esto será para mí signo de que me aman de veras. (El Dial. 107.)

No dejéis de ofrecerme el lloroso incienso de las oraciones por la salvación de las almas, pues quiero ser misericordioso con el mundo y lavar la cara de mi esposa la Iglesia con las oraciones, sudores y lágrimas... (El Dial. 86.)

Yo me dejaré obligar por los deseos, lágrimas y oraciones de mis siervos, y tendré misericordia con mi esposa (la Iglesia), reformándola con buenos y santos pastores. (El Dial. 129.)

8. ¿Cómo podría creer que pueda haber amor a Dios en aquella alma que se descuida de tratar con El por medio de la oración?

Dios me ha hecho comprender que nunca llegaría a la perfección, ni a la posesión de ninguna sólida virtud sin la oración humilde, fiel y perseverante... Ella es la madre que concibe y nutre todas las virtudes y sin la cual todas se debilitan y mueren. (Testamento.)

9. No puede el alma llegar a poseer verdaderamente a Dios si no le entrega todo su corazón, sin división de afectos. Y no lo entregará sin la ayuda de una oración humilde en que reconozca bien su propia nada. Debe entregarse a esta clase de oración con toda el alma y muy de veras hasta contraer un hábito. Con la continua oración crecen y se fortalecen las virtudes; sin ella, se debilitan y mueren (Vida 3.ª, p. 4).

10. A esto te invito..., a buscar a Dios y pensar en El, deleitándote en permanecer siempre ante Dios por la humilde y continua oración. Esta te propongo como práctica principal, de modo que en ella emplees tu tiempo hasta donde te sea posible, porque *la oración* es la madre que, en la caridad para Dios, engendra las verdaderas virtudes y las da a luz en la caridad con el prójimo. En la oración aprenderá el alma a despojarse de sí y a revestirse de Cristo; gustará la fragancia de la continencia; adquirirá tal fortaleza que no se preocupará de los combates del demonio, de la rebelión de la frágil carne ni de lo que digan las criaturas que quisieran apartarte del santo propósito *de la oración*. Contra todos serás fuerte, constante y perseverante hasta la muerte. En la oración te enamorarás de los sufrimientos para asemejarte a Cristo crucificado. Allí descubrirás la luz sobrenatural con la que andarás por el camino de la verdad. Muchas otras cosas tendría que decirte sobre esta madre, la oración, pero no lo sufre la brevedad del tiempo (Cta. 194: a la Señora Tora).

11. Si en la oración se acumulan combates de diversos modos, haciendo el demonio que entienda que la oración no es

agradable a Dios, aunque sean muchos los ataques y oscuridades, no se debe por ello abandonar, sino permanecer firme, con fortaleza y prolongada perseverancia. Piense que el demonio lo hace para apartarnos de la madre, que es la oración, y que Dios lo permite para probar la fortaleza y constancia del alma, para que en los ataques y tinieblas reconozca que nada es, y para que la buena voluntad, con que se siente protegida, entienda que la bondad de Dios da y conserva las buenas voluntades. Esta voluntad no se niega a quien la desea.

De este modo se llega a la tercera y última oración, la mental, en la que se recibe el fruto de los trabajos que sufre el alma en la oración imperfecta. Aquí saborea la leche de la verdadera oración. Se eleva sobre sí misma, es decir, sobre las groseras percepciones de los sentidos; con mente angélica se une a Dios por afecto de amor, y con la luz del entendimiento ve, conoce y se viste de la verdad. Se ha hecho hermana de los ángeles, está con el esposo a la mesa del atribulado deseo y se deleita en buscar el honor de Dios y la salvación de las almas, porque se da cuenta de que por esta finalidad corrió el Esposo a la afrentosa muerte de cruz y dio cumplimiento a la obediencia del Padre y a nuestra salvación. Verdaderamente que esta oración es una madre que en la caridad de Dios concibe la virtud y, en la caridad del prójimo la da a luz. ¿Dónde manifiestas tú el amor, la fe, la esperanza y la humildad? En la oración. Porque no te preocupas de buscar lo que no amas. Quien ama quiere siempre unirse con lo que ama, es decir, con Dios. Por medio de la oración pides lo que necesitas, porque conociéndote (en el conocimiento está fundada la verdadera oración) ves tener gran necesidad por sentirte cercada de tus enemigos: del mundo con las injurias y recuerdo de los diversos placeres; del demonio, con muchas tentaciones; y de la carne con gran rebelión y lucha contra el espíritu. Ves que por ti nada eres y, siendo nada, no te puedes valer. Por eso corres con fe al que tiene existencia propia, puede y quiere socorrerte en todas tus necesidades, y con confianza le pides y esperas su ayuda. Nunca te será negada cosa justa que pidas de este modo a la divina Bondad. De lo contrario, *si dejas la oración*, con nada sacarás fruto. ¿Dónde sentirás el dolor de la

conciencia? En la oración. ¿Dónde te despojarás del amor propio que te hace impaciente en el tiempo de las injurias y otros sufrimientos? ¿Dónde, pues, te vestirás del amor divino que te hará paciente y te gloriarás en la cruz de Cristo? En la oración. ¿Dónde percibirás el perfume de la virginidad, el hambre del martirio y te dispondrás a dar la vida por el honor de Dios y la salvación de las almas? En esta dulce Madre, la oración. Ella te hará observante en la Orden, sellará tu corazón y tu mente con los tres votos solemnes que hiciste en la profesión, dejando allí la impronta del deseo de observarlos hasta la muerte. Te elevará del trato de las criaturas y te lo dará con el Creador. Ella llenará el vaso del corazón con la sangre del humilde Cordero y lo rodeará de fuego, ya que fue derramada con fuego de amor.

El alma recibe y gusta más o menos perfectamente de la oración, según se alimente con el manjar angélico, a saber, del santo y verdadero deseo de Dios, levantándose, como queda dicho, a tomarlo arriba, en la mesa de la santísima cruz. (Cta. 26 a Sor Eugenia, sobrina de la Santa.)

12. La oración vocal es aquella que, hablando con la lengua se reza el Oficio Divino y demás oraciones vocales. Todas estas oraciones se hallan ordenadas a la *oración mental.* A ella llega el alma cuando ejercita la mente en la oración vocal con prudencia y humildad, o sea, que hablando con la lengua, no se aleja de Dios su corazón. Debe, sin embargo, esforzarse por fijar y poner el corazón en los afectos de la caridad.

Cuando su espíritu advirtiese que es visitado por Dios, es decir, que en algún modo es arrastrado a pensar en su Creador, debe abandonar la oración vocal y fijar su mente, con afecto de amor, en aquello con que advierte que Dios la visita. Una vez cesado esto, si tiene tiempo, debe reemprender la oración vocal, para que el espíritu esté lleno y no vacío.

13. No debemos abandonar la oración porque durante ella menudeasen los ataques (del demonio) y las tinieblas espirituales con gran turbación, de diversos modos, haciéndonos ver el demonio que nuestra oración no será grata a Dios a causa de tantos combates como tenemos, sino permanecer firmes, con fortaleza y larga perseverancia, considerando que el demonio

obra así para que nos apartemos de la madre, la oración. Dios los permite para probar nuestra fortaleza y constancia y para que en ellos conozcamos que nada somos, y reconozcamos en su voluntad a la bondad de Dios, puesto que El es quien conserva y da la buena voluntad y ésta no es negada a quien la desea. De este modo se llega a la tercera y última manera de oración, es decir, a la mental, en la que recibe el fruto de los trabajos que sufre en la imperfecta oración vocal. Entonces gusta la leche de la oración fiel, se eleva sobre la grosera percepción sensible y, con espíritu angelical, se une por afecto de amor con Dios, y con la luz del entendimiento, ve, conoce y se viste de la verdad. Se ha convertido en una hermana de los ángeles y está con su esposo a la mesa del torturado deseo deleitándose en la búsqueda de la honra de Dios y de la salud de las almas, porque comprende perfectamente que por esto corría el eterno Esposo a la afrentosa muerte de cruz, cumpliendo así con la obediencia del Padre y con nuestra salvación.

14. Claramente ve que la oración es (verdaderamente) una madre que concibe a las hijas las virtudes en la verdad de Dios y que los alumbra en la caridad con el prójimo. ¿Dónde encontramos la luz que nos guía por el camino de la verdad? En la oración. ¿Dónde se manifiesta el amor, la fe, la esperanza y la humildad? En la oración. Porque si no amáis, no haréis otras cosas. Por el contrario, el que ama desea unirse con el amado por medio de la oración. A El le pide en su necesidad, porque conociéndose a sí mismo como solamente se puede conocer por la oración, se ve en gran necesidad y rodeado de enemigos: el mundo, con las injurias; el demonio con muchas tentaciones; y la carne, que se opone al espíritu, rebelándose contra la razón. (Allí en la oración) ve y comprende que no existe por sí misma y que por ello no se puede curar. Por eso, con fe, corre al que existe por sí mismo, al que sabe, puede y quiere socorrerla. En toda necesidad a El acude pidiendo y de El espera su ayuda con confianza. Así se ha de hacer la oración y se debe querer lo que esperamos y no se nos negará cosa justa que pidamos a la divina bondad.

15. Poco fruto sacaréis si obraseis de otro modo. ¿Dónde percibiremos la fragancia de la obediencia? En la oración.

¿Dónde nos despojaremos del amor propio que nos hace impacientes en el tiempo de las injurias o de otros sufrimientos?, y ¿dónde nos revestiremos del amor divino que nos convierta en tan pacientes que nos gloriemos en la cruz de Cristo? En la oración. ¿Dónde percibiremos el perfume de la continencia, de la pureza, del hambre del martirio, disponiéndonos a dar la vida por la honra de Dios y la salvación de las almas? En esta dulce madre, la oración. Ella nos hará observar los mandamientos de Dios, sellará con sus consejos el corazón y el espíritu, dejándonos la impronta del deseo de seguirle hasta la muerte. Ella nos aparta del trato de las criaturas y nos lo proporciona con el Creador. Ella llena el vaso del corazón con la sangre del Cordero inmaculado y la cubre de fuego, porque con el del amor fue derramada.

Es cierto que en mayor o menor grado recibe y gusta de esta madre, de la oración, en conformidad a como se alimente del manjar de los ángeles, a saber, del santo deseo de Dios, elevándose, como queda dicho, a tomarlo en la mesa de la cruz, y no de otra manera. Por eso os dije que deseaba ver que os alimentabais del manjar de los ángeles, ya que de otra manera no podréis tener la vida de la gracia ni ser verdaderos hijos de Cristo crucificado. Permaneced en el santo amor de Dios. (Cta. 353 a la Señora Catella.)

16. Si (en la oración) no sentimos *devoción* cuando queremos, y en su lugar notamos los combates y molestias, y nuestro espíritu se siente estéril y seco, es que nos conviene el sufrimiento con amargura, aflicción y grandísimo tedio.

El demonio muchas veces nos hará ver con sus estratagemas que lo que decimos y hacemos no es agradable ni acepto a Dios, como si dijera: "Puesto que eso no le agrada por ser tú malo, déjalo por ahora; otra vez, quizá, lo verás mejor y podrás hacer tu oración". Esto lo hace el demonio para que dejemos la práctica material y espiritual de la santa oración vocal y mental. Porque, si perdemos las armas con que el servidor de Dios se defiende de los golpes del demonio, de la carne y del mundo, conseguirá de nosotros lo que quiera, someterá a él la ciudad del alma, y entrará en ella como señor. Por haber perdido las armas y la fuerza de la oración, no podrá ocurrir sino eso.

17. La oración es la que hace que nos conozcamos a nosotros mismos perfectamente y también a nuestra propia debilidad y la infinita caridad y bondad de Dios. Ambas cosas se conocen mejor en el tiempo de los combates, cuando el espíritu se encuentra árido. De ahí deduce la perfecta humildad y solicitud. Por lo cual, el alma prudente y no esclava de la propia voluntad, bajo pretexto de consuelo, si no cree al demonio, sino que, por el contrario, con valentía y odio santo a sí mismo persevera en la oración, aprovecha más por la amargura y sufrimientos (de la manera que Dios los dé) que por la dulzura misma. Porque en la necesidad, conociendo que por sí nada puede, corre con toda humildad y verdadera solicitud a su Bienhechor y confía sólo en Dios que puede y quiere venir en su ayuda. (Cta. 71 a la Sra. Bartolomea.)

18. Así, pues, debemos gozarnos en el tiempo de los combates y no caer en la turbación, porque, al no poder el demonio engañarnos con el anzuelo del deleite, nos quiere atrapar con el de la turbación, deseando hacernos ver en ese tiempo que estamos reprobados de Dios y que las oraciones y otras santas prácticas no nos valen. Dice a nuestro espíritu: "Esto que haces no te vale. Debes hacer tu oración y las demás cosas con puro corazón y espíritu tranquilo, y no con tan deshonestos y variados pensamientos. Por tanto: mejor te es dejarlo y estar".

Todo esto lo hace *el demonio* para que echemos por tierra las prácticas piadosas y la humilde oración, la cual es el arma con que nos defendemos o, mejor dicho, un vínculo que ata y robustece nuestra voluntad en Dios, que acrecienta la fortaleza con la ardentísima caridad con que el alma resiste a los ataques, como queda dicho. Por eso intenta el demonio con este anzuelo, que la echemos por tierra, pues, perdida la oración, podrá obtener pronto de nosotros lo que quiera. (Cta. 169 a Fray Mateo Tolomei.)

BEATO JUAN RUYSBROECK (m. 1381)

Juan Ruysbroeck, llamado el Admirable,
fue capellán de Santa Gúdula en Bruselas y